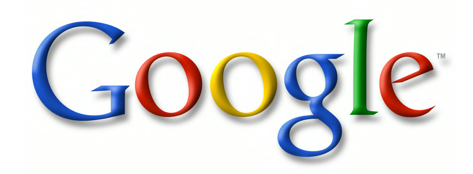
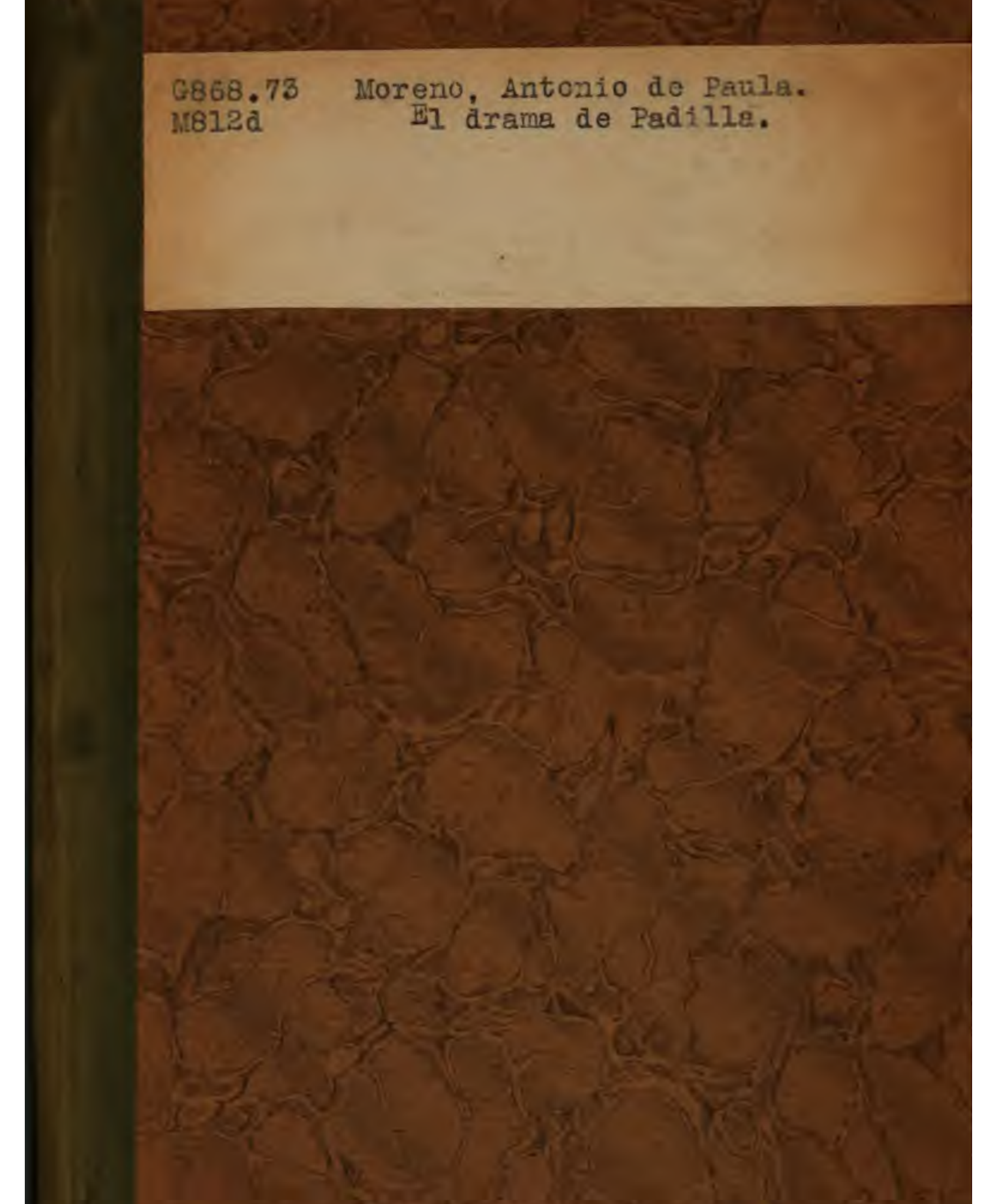
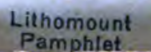



G868.73 Moreno, Antonio de Paula.
M812d El drama de Padilla.





EL DRAMA DE PADILLA.

Tragedia en 4 actos y en verso

POR

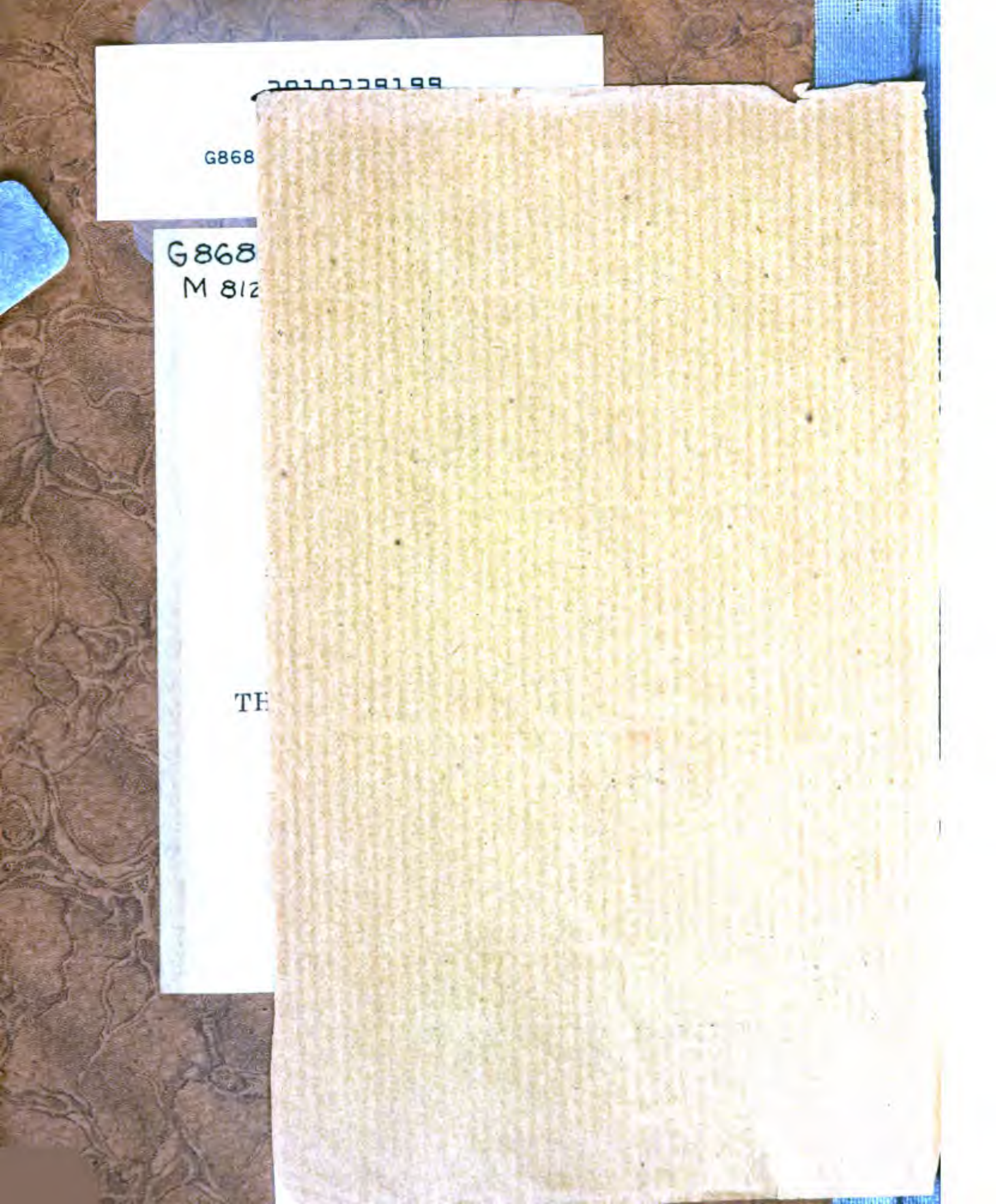
ANTONIO DE P. MORENO.



MEXICO.
IMPRENTA DE «LA VOZ DE MEXICO.»

1897.




G868
G868
M 812

EL DRAMA

DE

«PADILLA»

TRAGEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

POR

Antonio de P. Moreno.



MEXICO.
Imprenta de «La Voz de México.»

1897.

Al Sr Lic Don
Victoriano Agüero, [e]
testimonio de antigua
simpatía y homenage
de admiracion por sus e[s]
fuerzos en el triunfo d[e]
los buenos principios
El autor
Antonio de P. Moren[o]

México 26 de Agosto /89

TH

Personajes.

D. Agustín de Iturbide.
Doña Ana María Huarte, su esposa.
Doña Leonor, antigua dama de la Corte.
D. Carlos Beneski, Coronel polaco.
D. Felipe de la Garza, Brigadier y Comandante militar de Tamaulipas.
Don Anastasio Gutiérrez de Lara.—Presbítero y Presidente del Congreso de Tamaulipas.
Galindo, Capitán del Ejército.
Castillo, Ayudante de Garza.
Núñez, Sargento.
Romero, Cabo.
Espino, jefe del resguardo de Soto la Marina, oficiales, soldados y marineros.

La acción da principio en Soto la Marina y termina en Padilla, desarrollándose en los días 18 y 19 de Julio de 1824.

—

Uniformes y trajes de la época.

ACTO PRIMERO.

Rada de Soto la Marina. Hacia el fondo, á no larga distancia, se verá anclado el bergantín inglés Spring, en el cual vino á México D. Agustín de Iturbide. A la derecha, tres ó cuatro chozas ó «jacales» y el camino que se supone conduce al pueblo de que toma el nombre la rada. A la izquierda, camino que conduce á San Antonio de Padilla. Peñas diseminadas.

El mar comienza á picarse soplando fuerte viento. La acción comienza á las cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Doña Ana y Leonor, saliendo de una de las chozas.

Doña Ana.

Tarda Beneski, y oprimida mi alma
por los vagos rumores que escuchamos
á poco de llegar, con ansia espero
regrese á nuestro lado.

Leonor.

Se resiste
el ánimo á creer tales rumores,
hijos tal vez del pueblo que interpreta
á su modo las cosas más sencillas.

Doña Ana.

[Tono de convicción.]

No lo creáis, Leonor, fuego latente
germina aún alimentando el odio
que tienen á Agustín sus enemigos.
El nombre de Iturbide les recuerda
la negra ingratitud con que pagaron
al caudillo de Iguala sus favores,
y el odio no perdona.

Leonor.

[Quién lo duda!]
Más nada verdadero lo confirma.

Doña Ana.

Nuestra presencia aquí ha despertado
la natural curiosidad del pueblo.
Saben ya quienes somos y se abstienen
de decir la verdad de lo que saben,
por conmiseración ó egoísmo.
Pero algo grave existe, os lo aseguro.
Las noticias funestas tienen alas
para llevar al corazón el dardo,
y allí clavarle sin piedad.

Leonor.

Señora;
No así de los dolores la tortura
destroce vuestro pecho.

Doña Ana.

Habéis oído

vos misma lo que yo: que se lamentan
las pobres gentes que nos dan albergue
de que hayamos venido, y con palabras
llenas de ambigüedades, nos dijeron
que hace dos meses promulgóse un ban-
[do
allá en la capital de la República,
para que si al país vuelve Iturbide
lo aprehendan y...... ¡quién sabe!

Leonor.

Bien podría
ser una precaución sin consecuencias.
Al regresar Beneski lo sabremos.
De la Garza olvidar no debe nunca
Cuánto debe, señora, á vuestro esposo...

Doña Ana.

¿De la Garza decís? ¡Confianza loca!
La edad y el infortunio, amiga mía,
desconocidos para vos, me dicen
á dónde llegan la perfidia y dolo.
Aquel hombre, Leonor, en otro tiempo
contra el imperio rebelóse; ahora
no se qué pensará, pero es preciso
impedir, evitar á toda costa
el desembarque de Agustín.

Leonor.

¿Y cómo?

Doña Ana.

Embarcándonos luego que regrese
el Coronel.

Leonor.

Paréceme difícil.
El mar está picado, sopla el viento
con demasiada fuerza, acaso pronto
sea temeridad el arrojaros
en debil bote á las inquietas olas.
Ire por vos. El tiempo se adelanta.
Si aviso no reciben en el buque,
vuestro esposo vendrá.

Doña Ana.

Sí; es preciso
en el acto partir.

Leonor.

Voy en seguida
á ver al pescador hospitalario
que nos ha protegido, y partiremos.

Doña Ana.

(Con tierna gratitud)

Id Leonor, y que el cielo recompense
abnegación tan grande. La tormenta
que se prepara, venceréis sin duda
con la fe y el valor de quien auxilia
al desdichado.

Leonor.

[Con noble arranque]
¡Llegaré, Señora!
[vase.]

ESCENA SEGUNDA.

Doña Ana.

[Da unos pasos por la escena, preocupada: luego se detiene á la orilla del mar dirigiendo la vista hacia el bergantín.]

Si el viento lo alejara de la costa.
fuera su salvació. Yo quedaría
en rehenes por él y las prisiones,
destierro, humillación, gratos me fueran
si conservaba del esposo amado
la preciosa existencia que da sombra
á ocho vástagos tiernos, que no saben
de la triste orfandad los sinsabores.
Mis derechos de madre, mi ternura,
el amor de sus hijos, el recuerdo
de perfidias y amaños, la elocuente
lección del infortunio, y la experiencia
que en copa de oro la verdad nos brinda;
no bastaron ¡oh Dios! á disuadirlo
de tan funesto viaje! ¡En vano todo¡

[Pausa de abatimiento.]

Confía demasiado en sus parciales.

Arde en su corazón el fuego patrio.
Que el nombre de Iturbide es un escudo,
pensó, para volver con la esperanza
de salvar al país de la anarquía
y amenazas de Europa, cuando sólo
ardoroso volcán de fiero cráter
puede abrirse á sus piés y en torbellinos,
de fuego y lava para siempre hundir-
le!.........

[Grande conmoción.]

¡El viento arrecia! Si á la hinchada lona
pudiera dar esta mujer su aliento,
en alta mar bien pronto se hallaría
ese buque, llevando á otras regiones
mis tesoros de amor que allí se encie-
(rran......

(Con voz suplicante y tierna.)

¡Agustín, hijos míos, estas voces
de mi dolor oid, clamen al cielo
y él impida que el padre y el esposo
no venga á este lugar en que la muerte
le acecha entre la sombra. ¡Que no ven.
(ga!

[Se apoya sollozante sobre una peña.]

ESCENA TERCERA.

Doña Ana y Leonor.

Leonor.

Dispuesta ya la embarcación, Señora,
y yo á partir, pero Beneski viene.

Doña Ana.

(Con alegría)

¡Beneski! ¿Adonde está?

Leonor.

(Señalando á la derecha.)

Allí: miradle·

Doña Ana.

No le quisiera ver si mensajero
es de la realidad que yo medito.

ESCENA CUARTA.

Dichas y Beneski.

Doña Ana.

[Con ansiedad]

Decidme, por piedad, que mentirosas
son las voces que anuncian la desgracia
de mi esposo Agustín.

Leonor.

Hablad, Beneski.

Beneski.

No ha mentido la fama.........

Doña Ana.

[Con terror]

¡Dios eterno¡

Beneski.

Pero escuchadme y juzgaréis si existe
razón para esperar que nos reciban.

Doña Ana.

¿Sin peligro ninguno?

Beneski.

Es lo probable.
Apenas enteróse de la Garza
de nuestro viaje, así como del pliego.
en que le recomienda Fray Treviño.
al Sr. de Iturbide, iluminaron
sus ojos un destello de alegría.
(Ansiedad de las señoras)
que alentó mi esperanza. Voy al punto
me dijo á contestar, y en cortas frases
que gratas fueron á mi afán creciente
habló del soberano, del amigo,
del único patriota que podría
como experto piloto en la borrasca
la nave conducir entre las olas
de la inquieta política hacia el faro
de puerto salvador. Que venga, dijo.
Nadie cual yo lamenta su destierro,
y anhela verle en la querida patria.
Tened á bien venir por la respuesta
dentro de media hora. El impaciente
por veros estará. Aprovechando
el corto tiempo visité la villa

y adquirí la certeza de que existe
un decreto, en verdad, en que prohiben
á vuestro noble esposo que abandone
el destierro, señora.

Doña Ana.

[Dudando]

¿Y si lo hace?

Beneski.

[Disimulando]

No supe más.

Doña Ana.

(aparte)

(Me engaña)

[á él] ese decreto
debe ser sanguinario.

Beneski.

No hay motivo.

Además, lo ignoraba al embarcarse.
Lo ignora todavía.........

Doña Ana.

¿Os dijo Garza
de ese fatal decreto la existencia?

Beneski.

La discreción y plácida entrevista

que tuvimos, cerráronme los labios
y atreverme no quise á preguntarle.

Leonor.

Debéis fiar, señora, en sus palabras.

Doña Ana.

El corazón me dice que no aliente
esperanza ningnna.

Leonor.

[aparte]
[Sus temores
yo también los abrigo.]

Beneski.

La respuesta
traigo aquí de la Garza, y afectuoso
despidiome diciendo: hasta la vista,
veros pronto deseo acompañando
al Sr. de Iturbide en nuestra patria.

Doña Ana.

(Obedeciendo á una idea y dirigiéndose á Leonor.)

¿Decíais que el bote está dispuesto?

Leonor.

Sí señora.

(El viento arrecia y se oye un rumor lejano de tempestad.)



Doña Ana.

(Resueltamente.)
Partamos.

Beneski.

¡Imposible!
(Mirando hacia el mar.)
No me perdonaría el exponeros
á la cercana tempestad, señora,
al naufragio tal vez.
(Va á la orilla del mar.)
¡Ah!

Doña Ana y Leonor.

[Yendo hacia él.]

Doña Ana.

¿Qué?

Beneski.

Distingo
la lancha del «Spring.«

Leonor.

¿Dónde?

Beneski.

(Señalando el rumbo.)
Miradla

Doña Ana.

(Con terror.)

¡Como lucha, Dios mío, con las olas!
Debe ser Agustín que ya no espera
nuestro aviso.

[Suplicante.]

¡Beneski! ¡amigos míos!

Leonor.

Valor, señora.

[A Beneski, con resolución.]

¡Coronel! ¡al bote!
Volemos en su auxilio.

Beneski.

No vosotras:
yo solo.

[Se va rápidamente.]

Doña Ana.

(Primero de pié y al tercer verso de rodillas.)

¡Amenaza en la mar, muerte en la tierra!
¡Patíbulo ó naufragio! ¡Dios eterno!
¡Piedad para los pobres desterrados!
[Cae de rodillas vuelta hacia el mar, la escena muda depende de la actriz.]



....

los impele hacia acá¡

....

Pasó el peligro......

....

¡Unos momentos más y están en salvo!
[La actriz cuidará de hacer en estos versos las pausas necesarias y naturales para que se vea la verdad de lo que está pasando.]

[Vuelve al lado de Doña Ana.]

¡Ya vuelve en sí! Señora......vuestro esposo está muy cerca.........

Doña Ana.

[Despertando lentamente.]

¡Horrible sueño!

[mirando á Leonor.]

¡Oh! Leonor......y los náufragos ¿Dios (mío!
¿Adónde está Agustín?

Leonor.

En vuestros brazos
pronto lo estrecharéis.

Doña Ana.

Yo quiero verle.........
(Se dirigen las dos á la orilla del mar-

á tiempo que el bote en que vienen Iturbide y Beneski va llegando á la playa poco á poco.

Leonor.

¡Miradlo ya, señora!

Doña Ana.

(Con efusión)

¡Gracias, gracias

Dios mío!

Leonor.

(Se salvaron.)

Doña Ana.

(Conmovida.)

De las olas,
pero no de acechanzas y traiciones
que le aguardan en tierra. Me estremezco
al mirarle llegar.........

Leonor.

Tened confianza.

ESCENA SEPTIMA.

Dichos, Iturbide y Beneski.
(Los dos últimos saltando del bote.)

Iturbide.

(Yendo hacia ellas.)
¡Ana mía! (Abrazándola.)

Doña Ana.
¡Agustín!

Iturbide.
¡Leonor!... El cielo
Quiso mi fe probar en este día
pero aquí me tenéis. Al fin respiro
los aires de la patria.

Doña Ana.
Más valiera
que no los respiraras; el ambiente
está impregnado de veneno; vámonos.
Prefiero los peligros de los mares
á los que aquí amenazan tu existencia.

Iturbide.
(Sorprendido.]
¡Mi existencia! ¿Qué dices? ¡no com-
prendo)
de tu tenor la causa!........

Doña Ana.
Bien podría
ser infundado; mas la fama dice
que hay un decreto..... El Coronel
(Beneski
sabe mejor que yo, su contenido.

Iturbide.
Me lo dijo en el mar, pero esta carta

que á la de Fray Treviño contestando
(*saca un papel del bolsillo.*];
De la Garza me escribe respetuoso,
anuncia lo contrario. Su lectura
es la verdad que á mi agitado espíritu
pudo calma ofrecer en la zozobra.

Doña Ana.

¿Entonces el decreto?

Iturbide.

(Con naturalidad.)

Precauciones
de la nueva República.

(*Desdobla la carta y se dispone á leer.*)

Beneski

Escuchemos.

Iturbide.

(Leyendo.)

«Señor: honrado por la extensa carta
«que el respetable amigo y sacerdote
«Fray Ignacio Treviño me dirige,
«el súbdito responde al soberano
«que pisa nuestras playas: ¡Bien venido!

[*Movimiento de sorpresa en todos.*]

«Si; vuestra Majestad, llega en momentos
«de agitación, de intrigas y temores,
«y vos podréis, como en Iguala un día,
«ser nuestro salvador en el naufragio

«á donde nos conducen los partidos.
«Con profundo respeto á vuestras órdenes
«pongo mi espada, mis recursos, tropa
«y prestigio. Venid, que el nombre vues-
[tro
«será bastante á deshacer la nube
«que horrísona se apresta á devastarnos,
«pues siempre ha sido vuestra la victoria.
»Venid, Señor.
Felipe de la Garza.

(Con arranque generoso.)
¡La Providencia me inspiró el intento
y esta carta me alienta á continuarlo!
Disipa, esposa mía, tus temores.

Doña Ana.

Perdona si la duda me atormenta.
El áspid en las flores vive oculto.
De la Garza rebelde al Soberano
mostrose en otro tiempo; bien podría
ser esto una celada.

Iturbide.

Es imposible
tamaña ingratitud; no lo pensemos.
(*Con tono solemne y conmovido.*)
En busca de un hogar vuelve el pros—
[cripto
que abandonó su patria al acercarse
de fratricida lucha los horrores,
temiendo que la sangre mexicana

corriera en rededor del regio trono.
Una borrasca lo arrojó de México
y de Europa también lo han arrojado
los vientos peligrosos, que acechaban
su combatida nave entre las sombras
de obscurísima noche. Á su destierro
de parciales amigos y justicia
llegan las voces que le llaman. Viene,
viene á las puertas de la patria y pide
noble hospitalidad, al suelo mismo
que ingrato no será con quien dejole
un recuerdo imborrable de ternura.
Lágrimas de pesar que sólo el cielo
vió verter en las noches silenciosas
á quien triste, de pié, sobre cubierta,
dirigía los ojos á la patria
que las brumas del mar iban velando
hasta perderse al fin! ¡Triste memoria!

[*Pausa de profunda conmoción.*]

Yo vengo en busca de ese hogar tranquilo
que en México perdí, que niega Europa
al caudillo de Iguala. No es posible
que la bandera tricolor, el alma
de la empresa gigante que mi brazo
á término llevó, niege su sombra
al pobre desterrado que se acoge
al honor nacional y á la hidalguía.

Doña Ana.

¿Olvidas Agustín que la República
fué quien te proscribió?

Iturbide.

Yo no pretendo
reconquistar derechos ni poderes;
sólo aspiro al hogar y á la defensa
del suelo á quien acecha el Viejo Mundo.
Vosotros lo sabéis, La Santa Liga
hace ya sus aprestos; si cobarde,
desde un rincón del mundo, este soldado
viese á la patria sucumbir de nuevo,
sin volar otra vez á defenderla,
sobre su nombre maldición terrible...
comc mancha indeleble quedaría.

(Pausa corta.)

Leonor.

Acaso pensarán que la corona
ceñiros pretendéis.

Iturbide.

¡Razón absurda!

La corona imperial que allá en Iguala
para las sienes de monarca hispano
quise formar, pesó sobre mi frente.
Más tarde yo, yo mismo, comprendiendo
que era imposible sostener un trono
en medio del furor de los partidos,

THE

T

rompí corona y cetro. En Casa Mata
la voz de la República escuchóse,
por la primera vez, y para siempre
murió la legendaria monarquía.
Para siempre, ¿lo ois? En lo futuro
no habrá cabeza ungida que sostenga
la corona imperial, su propio peso
abatirá al incauto que lo intente.

Doña Ana.

Desconfía, Agustín.

Iturbide.

La desconfianza
es ajena de pechos generosos.

Doña Ana.

[Acercándose al mar y volviendo.]
La tormenta pasó; si es que mi ruego
(*Colgándose del cuello con ternura.*)
y el amor de tus hijos valen algo,
abandonemos pronto estos lugares.

Iturbide.

La patria es mía, tuya, de mis hijos...

Doña Ana.

Ingratitud y enemistad te esperan
en donde hogar y dicha te propones
desde luego obtener.

Iturbide.

¡Pueriles dudas!
Si yo con férrea mano hubiera uncido
al carro de mi triunfo á quienes fueron
mis súbditos un día, la venganza
pudiera yo temer; mas no la teme
quien obra como yo.

(Ha obscurecido enteramente.)

Doña Ana.

(Aparte.) ¡Dios nos ampare!

Iturbide.

Quedad aquí vosotras. Entretanto
á favor de la noche partiremos
el Coronel y yo, y cuando raye
el día de mañana, en la presencia
estaremos de Garza; mi destino
en sus ojos veré.

Doña Ana.

[Con angustia suplicante.]
¿Y me abandonas
presa de la ansiedad y los temores?

Iturbide.

Beneski volverá para llevaros
cerca de mí.........

Doña Ana.

[Con resolución Aparte.]

[Yo seguiré tus huellas.]

Iturbide.

Quien me libró de la funesta saña
del veneno y puñal y me ha librado
del furor de las olas, Ana mía,
me librará de ocultos enemigos.
Adiós.

[La estrecha conmovido.]

[A Beneski.]

Partamos, Coronel.

Doña Ana.

El cielo
te cubra con su sombra protectora.

[Se van Iturbide y Beneski por la izquierda.

ESCENA OCTAVA.

Doña Ana y Leonor.

[Después de permanecer unos momentos vueltas hacia el lugar por donde partió Iturbide, vuelven al escenario.]

Doña Ana.

¡Me oprime el corazón funesta duda¡
Darle de majestad el tratamiento
un enemigo suyo, me sorprende
y causa desazón. Amiga mía.

THE

¡Quien sabe lo que oculte la lisonja
del Brigadier Felipe de la Garza!

Leonor.

Acciones de otro tiempo no aseguran
su presente adhesión. ¿Qué hacer, se-
(ñora?

Doña Ana.

[Resueltamente.]

Partir en pos del que á la muerte co-
(rre,
sacrificarlo todo en su defensa,
ó sucumbir con él.

Leonor.

¿Y vuestros hijos?

Doña Ana.

[Vacilando]

No me hagáis vacilar. ¿Pero sin padre,
que fuera de esos niños inocentes?
Volemos á su lado, acompañadme:
El, primero que todo.

Leonor.

[Escuchando.]

Alguien se acerca.

Doña Ana.

Ruido de armas escucho.

Leonor.

Sí.

Doña Ana.

Ocultémonos.

Leonor.

Venid, hasta la choza; sin ser vistas
sabremos lo que pase; pronto, llegan....
(Se ocultan en la choza de la derecha.)

ESCENA NOVENA.

(El Capitán Galindo y Espino.)
[Entrando por la derecha.]

Galindo.

¿Visteis vos á Iturbide?

Espino.

Casualmente.
Yo no le conocía. Dos viajeros
cerca de mi pasaron no hace mucho.
Los detuve: conmigo se encontraba
D. Juan Manuel Azúnzulo, Teniente
Coronel retirado que en el pueblo
su cargamento espera, y él me dijo
discretamente al verlos, «Comandante
el ginete embozado es Iturbide.........»

Galindo.

¿Y marchar los dejasteis?

Espino.

No teniendo
orden para oponerme á su partida,
mandé que le siguieran dos dragones,
por mera precaución.

Galindo.

[Aparte.] Llegué muy tarde.
(A Espino.)
¿Vos ignoráis que existe hace dos me-
(ses
un decreto que á muerte lo condena
si vuelve á la República?

Espino.

No.

Galindo.

Entonces......

Espino.

Su compañero me mostró el permiso
del Sr. Garza, que autoriza
el paso á dos ingleses.

Galindo.

(Irónicamente) Vos cumplisteis......
Retiraos si gustáis; unos instantes
yo permanezco aquí.

Espino.

En ese caso,

querido Capitán, hasta la vista.

[Vase Espino]

ESCENA DECIMA.

Galindo.

[Paseándose unos momentos con aire preocupado.]

El proceder de Garza no lo entiendo
en asunto tan grave. No debiera
obrar con lentitud. El tiempo pasa;
sabe que es Iturbide, ha recibido
el Brigadier correspondencia suya
y no persigue cual debiera al reo,
ordenándome sólo que le siga
de lejos y vigile su conducta.
¡Pero es extraño! Si enemigo Garza
fué del tirano Emperador. No importa.
Frágiles son los hombres. El recuerdo
de la atención con que pagó Iturbide
al Brigadier su rendición al trono,
después de rebelarse, ó la esperanza
de nueva mornarquía que contente
ambiciones, grandezas y oropeles,
muy propios de serviles cortesanos
obligarán á Garza, no lo dudo.

[Pausa breve.]

¡Viles aduladores que no miran
en su rostro la huella dolorosa
del cetro aborrecible con que siempre

azotan los tiranos. ¡Ah! si el odio
que me inspiró la púrpura pudiera
en todos infundir.....ni un solo instante
tuviera ya de vida el ex-monarca!
Voy en pos de sus huellas entretanto
me envía el Brigadier sus instrucciones.
(Al dirigirse á la derecha, salen de la choza Doña Ana y Leonor.)

ESCENA UNDÉCIMA.

Dicho, Doña Ana y Leonor.

Galindo.

(Mirándolas.) [Aparte.]
¡Dos mujeres aquí, con esta noche!......

Leonor.

Dispensad, caballero.

Galindo.

Hablad, señora
(Aparte.) (¡Me sorprende su voz!)

Leonor.

¿Vais á Padilla?

Galindo.

Lo ignoro aún.

Leonor.

¿Pudieras indicarnos
hacia donde se encuentra?

Galindo.

En complaceros
gustoso me honraré, mas permitidme...
(*Va hacia la derecha rápidamente.*)
Enviad una luz, Sargento Núñez.

Leonor.

Gracias por el favor.

Galindo.

Habéis llegado
muy tarde por desgracia á este desierto.

Leonor.

Antes no pudo ser.

Galindo.

[Aparte.]
(¿Por qué afanoso
al oír esa voz mi pecho late?)
[*Va otra vez á la derecha.*)
Pronto la luz.
[Disípese la duda.]

(El Sargento Núñez y el Cabo Romero con dos hachas encendidas entran y se colocan en el fondo. Galindo á la izquierda en primer término y las señoras á la derecha un poco más atrás.)

ESCENA DUODECIMA.

Dichos, Núñez y Romero.

Galindo.

[Asombrado al verlas, aparte.]
¡La esposa de Iturbide... y ella.... ella.
Doña Leonor.......

Leonor.

(Aparte.) ¡El Capitán Galindo!

Núñez y Romero.

[Bajo, uno al otro.]
¡La Emperatriz aquí!
(Todo lo que antecede rápidamente.)

Leonor.

(Con amabilidad.)
No me esperaba,
Capitán, la ventura de encontraros.
Permitidme, señora, que os presente
á un antiguo oficial de nuestra corte.

Doña Ana.

¡Feliz casualidad!

Galindo.

(Aparte, con sarcasmo) (Sí muy dichosa)

Leonor.

¿No os extrañáis de vernos?

Galindo.

[Con intención.]
Hace poco

que el Sr. Iturbide estuvo en este mismo lugar. Paréceme explicada vuestra presencia aquí.

Doña Ana.

[Aparte.] [¡Ah! ¡ese tono!]

Leonor.

[Aparte.] [Funesto augurio.]

Doña Ana.

Capitán, decidme,
habéis venido en busca de mi esposo?

Galindo.

Por orden superior.

Doña Ana.

¿De quién?

Galindo.

Señora,
del ciudadano General la Garza.

Doña Ana.

(Aparte, con angustia.)
(Traidor al fin.)

Leonor.

(Aparte.)
[Infame.]

Núñez.

(Bajo á Romero que le habla.)

THE

Cobardía.

Doña Ana.

¿Y no habiéndole hallado?

Galindo.

Continúo
mi marcha hasta encontrarle.

Doña Ana.

¿Y esa orden?

Galindo.

Es para su aprehensión.
Ya lo veremos.

Leonor.

(Aparte.)
(Era todo verdad.)

Doña Ana.

(Aparte.) [No me engañaba.]

Galindo.

Perdonadme si os dejo.

Leonor.

Amigo mío,
quisiera yo pediros una gracia.

Galindo.

En cuanto á mi consigna no se oponga,
orden es para mí vuestro deseo.

Leonor.

Gracias. ¿Queréis librarnos de la pena
de que viajemos solas, aceptando
que vayamos con vos? La obscura noche
es para dos mujeres peligrosa.

Galindo.

(Aparte, vacilando.)
(Su acento me conmueve. Si pudiera
el ruego desoír......)
(A ella.) Mejor sería
que confiarais al mar vuestro destino.
El buque no está lejos. La borrasca
que os puede sorprender en tierra firme
mayor peligro tiene que las olas
del Atlántico mar que habéis cruzado.

Doña Ana.

[Con ansiedad.]
¿Qué decís, Capitán?

Galindo.

Lo que la fama
debió deciros al venir á México.

Leonor.

Me asustáis.........

Galindo.

No quisiera, os lo aseguro:
mas vos que conoceis mis sentimientos

y la ruda franqueza que vos misma
en épocas mejores descubristeis
aquí en mi corazón.

Leonor.

(Aparte violento.) Aún recuerda
el amor que me tuvo.

Galindo.

Vos, señora,
bien sabéis que mis labios, nunca, nunca
para mentir se abrieron. Imposible
juzgo yo que ignoreis la suerte infausta
que al señor Iturbide le reserva
su vuelta á la República. Un decreto
á morir le condena en el instante
de pisar nuestras playas.

Doña Ana.

[Casi sollozando.] ¡Ah! Dios mío!
Sois cruel, Capitán.

Galindo.

¿He de engañaros?

Leonor.

Garza lo llama y lo protege.

Galindo.

¡Garza!......
O se pierde con él ó sus promesas

son el eco falaz de la lisonja.
(Doña Ana se ha retirado un poco atrás.)

Leonor.

[Se acerca rápidamente á Galindo.]
¿Me amais aún?

Galindo.

[Sorprendido] Señora...esa pregunta.

Leonor.

Contestadme.

Galindo.

No sé......mas el recuerdo
de vuestra ingratitud vive en mi mente.
(Doña Ana acercándose al grupo.)

Doña Ana.

Capitán conducidnos á su lado,
protegedle por gracia, os lo suplica
una esposa, una madre desolada.
Le advert remos el peligro y juntos
podremos regresar. El buque espera;
partireis con nosotros.

Galindo.

(Aparte.) (Imposible.) (A ella).
El decreto condena á quien le ayude
ó abrace su defensa.

Doña Ana.

(Aparte) [No es adicto
á nuestra causa este hombre.]

Leonor.

[A Galindo] Si os recuerdo
que una vez me dijisteis que la vida
á Iturbide debíais.........

Galindo.

¡Por desgracia!
Mas nada de común, señora, existe
entre el Emperador y el insurgente.

Doña Ana.

Partamos, Capitán; de las tinieblas
surge á veces la luz que indica el faro
al pobre navegante.

Galindo.

A vuestras órdenes;
voy en seguida á disponer la marcha.
Venid, Romero.

Leonor.

(Mirándolo ir.) Como siempre altivo.
(Vanse Galindo y Romero).

ESCENA DECIMA TERCERA.

Doña Ana, Leonor y Núñez.

Doña Ana.

¿Qué hacer para salvarlo?

Leonor.

El infortunio
las almas engrandece. Lucharemos.

Núñez.

[Con cautela.]
Nada temáis, señora, nuestra vida
es del Emperador, su pueblo le ama.

Doña Ana.

¿Quién sois, amigo mío?

Núñez.

Un soldado
A quien siempre condujo á la victoria
el caudillo de Iguala.

Leonor.

¡Noble pecho!

Doña Ana.

Pero si solo estais......

Núñez.

Mis camaradas
son del antiguo ejército y veneran
á su jefe también; lo salvaremos.
Confiad en nosotros.

Doña Ana.

[Conmovida.] Gracias, Gracias......

Núñez.

Guardad silencio; el Capitán Galindo
odia al Emperador; más nada importa
nos escuda el amor y la justicia.
(Galindo por la derecha.)

ESCENA DECIMA CUARTA.

Dichos y Galindo.

Leonor.

(Al verlo.)
¡Silencio! El Capitán.

Galindo.

Estamos pronto.
(Aparte mirando á Leonor.)
(Más bella en su dolor más seductora.
Dirigiéndose á las dos.
Cuando gusteis partir.

Doña Ana.

Vamos. El cielo
proteja nuestra causa.

Leonor.

(Aparte, mirando á Galindo.)
No desisto;
Dios me dará valor para mi empresa.
(*Van saliendo todos.*)

Núñez.

(Cerrando la marcha.)
Su salvación ó nuestra muerte. ¡Vamos!

CAE EL TELÓN.

ACTO SEGUNDO.

Cercanías de Padilla. Chozas diseminadas á izquierda y derecha y caminos á uno y otro lado. En el ángulo derecho, un bosquejo lejano de la Villa: en el ángulo izquierdo, trozos de montaña á diversas alturas, en algunos de los cuales hay dos ó tres centinelas. Son las ocho de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

Iturbide y Beneski, sentados en la puerta de una de las chozas á la derecha, sobre bancos de piedra ó madera. Galindo á la izquierda, de pié en segundo término, mirando hacia el camino. El Cabo Romero en el fondo, con un grupo de soldados que tendrán las armas en pabellón. Doña Ana y Leonor paseándose por el fondo y hablando en voz baja.

Iturbide.

Se tarda el Brigadier.

Beneski.

Bien se comprende,
y veros no querrá. Siempre avergüenza
obrar como él obró.

Galindo.

(Aparte.)

(¿Por qué motivo
la ejecución suspenden, cuando habían
ordenado se hiciera? No lo entiendo.

Iturbide.

(Levantándose.)

Oídme, Capitán; el emisario
que enviásteis anoche con mis cartas
á Padilla, no ha vuelto?

Galindo.

Por instantes
le espero yo también. Núñez, activo
es siempre para todo.

Iturbide.

Bien pudieran
haberse detenido en el Congreso
hasta no contestarme..............

[Galindo se encoge de hombros con aire indiferente.]

Iturbide.

(Yendo hacia Beneski.)

Se conoce
que el Brigadier no tiene mucha prisa,
cuando así me abandona á los horrores
de cruel incertidumbre.

Galindo.

[Dirigiendo una mirada á Leonor.]
(Su presencia
más y más cada vez me desazona.
¿Por qué de nuevo mi fatal destino
la coloca á mi paso, si no me ama?)
[Llega un soldado, habla al Capitán y se retiran los dos hacia la izquierda.]

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, menos Galindo.

Doña Ana.

[Acercándose á Iturbide.]
¿Puedes aún dudar de la perfidia,
trama infernal de Garza?

Iturbide.

Hasta que vea
la realidad vestida de verdugo
cortando mi cabeza, la confianza
no me abandonará, y antes que todo
la conciencia y honor salvarse deben.
[A este tiempo pasa por la izquierda Garza seguido de Galindo y un cuerpo de tropa que trae la bandera y se forman en el fondo.]

ESCENA TERCERA.

Dichos, Garza, Galindo y tropa.

Garza.

[Yendo solícito hacia Iturbide.]

Perdonadme, Señor, si los deberes
de militar, la pena me impusieron
de obrar conforme á superior mandato.

Leonor.

(Aparte.)

[¡Hipócrita!]

Beneski.

(Aparte.) [¡Traidor!]

Iturbide.

Así lo creo
y fuerais desleal si de vos mismo
la orden de aprehenderme dependiera.
Caballero y soldado son dos nombres
que hermanan el honor y los deberes.

Garza.

[Confundido.]

Negarlo fuera mengua, pero hay casos
en que peligran honra y existencia.

Iturbide.

[Con dignidad.]

Fuera débil en mí todo reproche,
Mas perdonad si os digo que debisteis
hacerme conocer ese decreto

tras el que os escudáis para prenderme,
en lugar de atraer al que ignoraba
hasta donde llegar pueden los hombres.

Garza.

[Hipócritamente.]

Mi corazón á impulsos del afecto
inclínase hacia vos. Vuestra presencia
y el noble fin que os trajo á la República
honda impresión en mi ánimo causaron.
De todo me olvidé para ofreceros
adhesión y servicios.

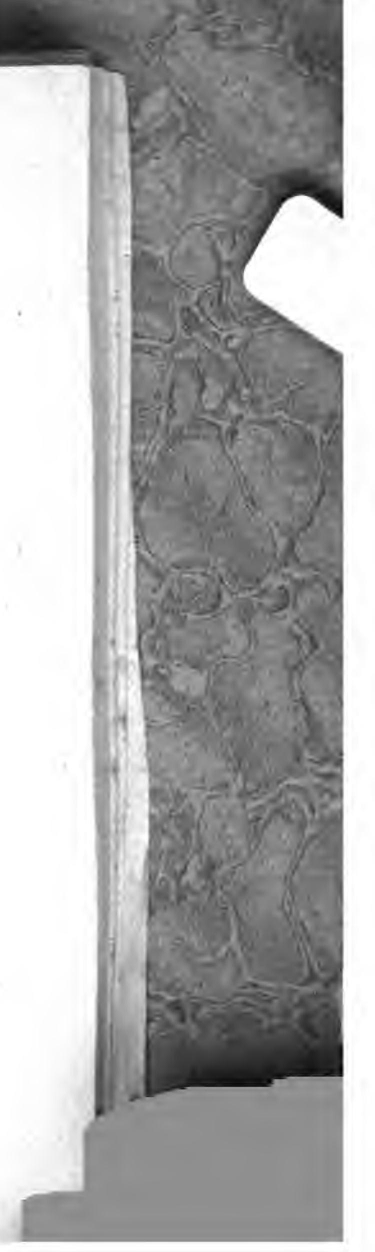
Iturbide.

[Irónicamente.]

Que no estaba
en vuestra mano conceder.

Garza.

Oídme,
Los agentes de México en Europa,
y el dominico padre Fray Marchena
de una logia secreta, fiel adicto
al gobierno, informaron con detalles,
inexactos tal vez, que visitaba
vuestra Excelencia, con secretas miras,
diversas partes del antiguo mundo,
en lugar de quedaros en aquella
donde se os ordenó permanecierais.
Fuisteis á Londres; desde allí al Con-
[greso



la exposición enviasteis del motivo
que os obligó á variar de residencia.
La fama os condenó, y á la justicia
de vuestra exposición como á las nobles
intenciones que impulsan á ofrecernos,
contra la Santa Liga vuestro apoyo,
el general Gobierno ha contestado
con el decreto cuya copia exacta
tenéis aquí.
[Saca un pliego y lo da á Iturbide.]

Iturbide.

[Veámosle.]
(Leyendo) «El Congreso
«Constituyente general, en uso
«de los poderes de que está investido,
«traidor y fuera de la ley declara
«á Iturbide si vuelve á presentarse
«bajo cualquier pretexto en la República.
«Se declara traidores igualmente
«á quienes favorezcan de algún modo
«su regreso á la patria.»
[Estupor general.]

Galindo.

(Aparte.) (Era muy justo.)

Beneski.

[Aparte.]
(Cobardes y malvados.)

Doña Ana.

[Presa del dolor.]
(Se conoce
que nade debe la nación á ellos.]

Iturbide.

(Profundamente agitado estruja el papel)
Me parece delirio de la mente
lo que acabo de ver!......

Leonor.

¡A Dios pluguiera!......

Iturbide.

(Primero hablando consigo mismo,
luego estallando en nob e indignación.]
Yo traidor á la patria...yo...Imposible.
Decid que miente este fatal decreto......
(Toma á Garza de un brazo con violencia.)
Decid que quien triunfó de las Españas
escribiendo de México el destino
en el libro inmortal de las naciones
no puede ser traidor.........
Las almas ruines
de la verdad ignoran la grandeza........
(Trancición en la que va expresando la lucha de sentimientos.)

Dos años ha que la imperial corona
me dieron en el templo de las leyes
los mismos ¡ay! que ahora me condenan·

Yo me arranqué la púrpura y el cetro,
deshice el trono, devolví á la patria
el poder que me dió, para mostrarle
que no era la ambición quien me inspi-
(raba.
Los vientos de Occidente arrebataron
al proscripto infeliz á otras regiones
para decir lo que el romano cónsul
arrojado del Africa al desierto,
al vil esclavo del rival odioso.
«Dí á Sila, tu señor, que á Mario viste
vagar entre las ruinas de Cartago.»
Así vagué en Europa y hoy que vengo
á implorar de mi patria agradecida
el hogar que perdí, se me condena,
cual paria miserable, á la deshonra......

(*Con más fuego.*)

¿Pero es la patria quien rechaza al hijo
que le dió libertad? ¡oh! no, mentira......
Sois vosotros nomás, son las pasiones
hijas de la venganza y del encono.
(*Con ternura y al mismo tiempo convicción.*)
Yo le dí á mi patria la bandera,
á cuya sombra vive independiente.
Ella es el escudo soberano
que cubre y que defiende mi existencia.
¿Lo queréis? ¡dsstrozadlo! pero entonces
la deshonra caerá sobre vosotros.

(Silencio profundo.)

Garza.

[Aparte.]

(Son un proceso sus terribles frases.)

Iturbide.

¿Por qué fuí débil, aceptando ingénuo
poder y honores de lisonja henchidos?
¿Y por qué el 27 de Septiembre
después de consumar tan noble triunfo
no destrocé la victoriosa espada?

(Se escuchan rumores de aprobación en la tropa; Garza vacila y dice aparte.)

Garza.

[Aparte.]

(¡Tiene mucha razón!)

Romero.

(Confundido entre la tropa, lanza un grito.

«¡Viva Iturbide!»

(Galindo se lleva la mano á la espada y se acerca á los soldados.)

Garza.

[Aparte.]

[¡Mi situación se agrava!]

[á Iturbide.] Yo os suplico
disculpéis si las órdenes que tengo
os han hecho sufrir.

Iturbide.

[Aparte.] ¡Tarde lo dice!

Garza.

(Aparte.)

[No sé que debo hacer para arrancarte
esa carta imprudente.]

[á Iturbide.]

La confianza
no debe abandonaros.

Doña Ana.

(Aparte.) (Me horroriza
la hipócrita manera de engañarle.]

Garza.

El congreso se ocupa en el estudio
de vuestra exposición, y acaso pronto,
dentro de algunas horas, mensajero
pueda yo ser de la plausible nueva
que de ambos realice la esperanza.

Iturbide.

Este decreto es obra de pasiones
que mancharme no puede y lo rechazo.

Garza.

(Aparte.)

(Dice muy bien.)

[á él] La patria ha sido injusta
con su libertador.

Iturbide.

(Aparte.) (¡La patria! ¡miente!)
Os engañáis á fe; mientras respire
de libertad el aura bendecida
la patria á quien culpáis, en su memoria
mi nombre vivirá siempre grabado.

Garza.

(Aparte.)

(Busquemos otro medio decoroso para lograr mi objeto.)

[á Iturbide.) Ciertamente,
y nadie como yo sabe estimaros.
Os voy á dar la prueba.

Doña Ana.

(Aparte.) [¡Qué perfidia
preparará de nuevo!]

Garza.

(Desciñéndose la espada y dándola á Iturbide.]

Con mi espada
os doy el mando. ¡Capitán Galindo,
los honores rendid á vuestro jefe.
(Galindo obligado saluda militarmente y baja los ojos ante la penetrante de Iturbide que al oír el nombre de Galindo se fija él.)



Galindo.

(Aparte.)

[Mi nombre ha despertado su memoria]

Iturbide.

Brigadier de la Garza, no me átrevo
á creer ni á dudar; os lo suplico,
romped las sombras de mi error.........

Garza.

[Dirigiéndose á la tropa.]
Soldados,
Caudillo y soberano, obedecedle;
Libertador y amigo, respetadle.

Soldados.

[Con entusiasmo.]
¡Viva Iturbide!

Iturbide.

(Conmovido.)
Gratitud, nobleza,
grandes sois en el pueblo que os com-
(prende.

Garza.

Quien ha ceñido la imperial diadema
y abnegado bajó del solio un día,
es digno del amor y el homenaje

Iturbide.

(Dirigiéndose á todos.)

Ambiciono vivir entre vosotros,
ó entre vosotros sucumbir con gloria.

Soldados.

(Con entusiasmo.)

¡Viva el Libertador! ¡Viva Iturbide!

(Iturbide se acerca al abanderado, le toma la bandera, la empuña en la mano izquierda, teniendo en la derecha la espada y se coloca en el centro del proscenio.

Iturbide.

(Dando á vos y palabras las diversas entonaciones que pida la acción.)

¡Bandera tricolor, sacra bandera,
bajo tu augusta sombra un pueblo libre
escribió su destino, y de rodillas
ante el Arbitro Eterno, de su historia
el prólogo selló con los principios
de Religión, Unión, Independencia;
yo te saludo lábaro glorioso
bajo el azul de nuestro patrio cielo,
al aspirar el aura bienhechora
que en Europa faltaba al desterrado.
Yo juro, por mi nombre, que mi sangre
derramaré gozoso en tu defensa.
Serás para el soldado de la patria,
cuando el ocaso llegue de la vida,
recuerdo, bendición, sombra apacible



que cubra su sepulcro abandonado.
Serás en lo futuro la grandeza
de tus valientes hijos; la victoria
honrará tus colores. Enemigos
doquier te cercarán para arrancarte
de tu inmortal altura, y á tu pueblo
la independencia y libertad que tiene.
Pero si te aman como á dulce madre,
no sufrirán en tu redor unidos
ni la deshonra que la frente mancha,
ni la vergüenza de extranjero yugo.

[Pausa·]

Los soldados.

[Con pasión.]

¡Viva el Libertador! ¡Viva Iturbide!

(Dos clarines tocan marcha.)

Garza.

(Conmovido.)

¡Tanta grandeza y corazón admiran!
[¡Negar no puedo sus heróicos hechos!]

Iturbide.

[Va hacia el abanderado y le entrega la bandera,]

¡Caballero oficial, antes la muerte
que deshonrar nuestra gloriosa enseña!

[*Dirigiéndose á todos.*]

Ahora, amigos míos, soy dichoso,

en tener á mi lado compañeros
y no subordinados. ¡Adelante!

Garza.

Me permites, señor, que hacia Padilla
me encamine y preceda vuestra marcha?
La recepción prepárase, y en tanto
Núñez puede llegar con la respuesta
que debe daros el Congreso ahora.

Iturbide.

Partid, amigo mío, y concededme
la gracia de llevaros á mi esposa
y á la bella Leonor hasta la Villa
donde pronto estaré.

Garza.

Honra tan grande
me anonada, señor.

Iturbide.

En voz confío.
Llevaos el grueso de la fuerza
y dejadme una escolta solamente.

Doña Ana.

[Acercándose á su esposo.]
No me obligues
á alejarme de tí.........

Iturbide.

Muy pocas horas
estaremos ausentes.

Leonor.

(Con rapidez.)
Quedáis solo.

Iturbide.

[A las dos que se acercan á despedirse.)
¡Tened confianza en Dios!

Doña Ana.

El te acompañe.

Garza.

(Acompañando á las señoras hasta la izquierda.)
Soy con vosotras.
[Llamando] Capitán Galindo,
los mejores caballos y monturas,
la marcha disponed.
(Aparte.) (Terminaremos.)
(Iturbide y Beneski se dirigen á la izquierda sin salir de la escena, suponiéndose que presencian la marcha de todos.)

Garza.

(A Iturbide, con discreción.)
Os suplico, señor, si en vos no cabe
de mi leal proceder sospecha alguna,
os sirváis devolverme aquella carta
que ayer os dirigí.

Beneski.

[Advirtiéndole.]

¡Ah! la perfidia
en todas sus acciones.

Iturbide.

(Con noble generosidad.)
No hay motivo
que me obligue á guardarla.
(la saca del bolsillo.) Os la devuelvo....
[Aparte.].
(Almas pequeñas.)

Garza.

Gracias, la nobleza
es en vos proverbial......
[Aparte.] (¡Estoy salvado!)
¡Dios os guarde, señor!

Iturbide.

¡Hasta la vista!

Iturbide lo acompaña, permanece un rato vuelto hacia la izquierda, saluda con la mano y vuelve al centro con Beneski.

La tropa sigue á Garza y queda el grupo de soldados que había al principio de la escena.

ESCENA CUARTA.

Iturbide, Beneski.

(El cabo Romero y soldados.)

THE

Beneski.

Devolvísteis, señor, la última prueba
que os pudiera escudar en la desgracia.
Del Brigadier en el semblante, vióse
el placer de arrancaros esa carta.

Iturbide.

Tanto peor para él; á generoso
jamás podrá vencerme. No hay remedio,
si engaños ó traición ha consumado,
ya lo ligan á mis lazos que sólo
la muerte de los dos romper podría.

Beneski.

¿Y ese inícuo decreto?

Iturbide.

Es imposible
que cebe su furor en quien pretenden
que la víctima sea; lo ignoraba
al pisar este suelo. Tribunales
hay para que me juzguen, y no dudo
que la justicia nacional absuelva
al hombre y al soldado.

Beneski.

[Aparte.] (Su hidalguía
al fin lo perderá.)

Iturbide.

Oíd, Beneski.

Conjurados los reyes europeos
contra el gran Napoleón, la Liga Santa
opusieron cual muro de defensa
ante el audaz conquistador que quiso
cambiar el mapa del antiguo mundo.
En Waterloo sucumbe Bonaparte,
presa de su dolor; regresa á Francia,
abdica la corona y les ofrece
sn espada de soldado. La desechan
la envidia, la venganza y los partidos...
Entrégase á Inglaterra confiado
pidiéndole un hogar, que le concede
la perfidia británica al gigante
en un triste peñón de Santa Elena!
Desde Europa también aquellos tronos
ven á mi brazo arrebatarle á España
la perla más hermosa y más querida
que en América ornaba su corona
y al verme confinado y perseguido,
y como á Napoleon víctima triste
del odio y las facciones, las reinantes
dinastías borbónicas sonríen
de mi cruel desgracia satisfechas.........

Beneski.

¡Ah! si hubieran podido encadenaros
en otra Santa Elena......

Iturbide.

Sus designios

conocí desde Londres, y á las olas
del Atlántico mar confié mi suerte.. ...
¿Os acordáis? El Duque de San Carlos
de D. Fernando séptimo en el nombre,
en nombre de ese rey que de rodillas
al Corso le rindió pleito homenaje,
mendigando sonrisas y favores
propúsome volver á las Américas,
manchar mi honor y sojuzgar el suelo
á quien dí libertad y autonomía.........
No me perdonarán que haya venido
á denunciar su temeraria empresa
oponiendo mi brazo á sus furores.

Beneski.

Quien cumple su deber está tranquilo
(Cambia de tono.)

Iturbide.

Ya mi inquieta de Núñez la tardanza;
y es preciso esperar á que el Congreso
mi exposición conteste.

Beneski.

No es posible
su respuestá preveer, si se comprende
el conflicto en que están los diputados
para obrar con justicia en tal asunto.

[Cabo Romero acercándose á Iturbide con respeto.]

Romero.

¿Me perdonáis, mi Emperador, si os
hablo?

Iturbide.

[Con benevolencia.]

Habla, hijo mío, pero no me llames
Emperador.

Romero.

Lo sois para nosotros.
Núñez, Pío Marcha y yo aquella noche
del 18 de Mayo, memorable,
interpretando la opinión del pueblo
que os ama y os venera, proclamamos
vuestra elección unánime, diciendo
¡viva Agustín Primero!

Iturbide.

(Aparte conmovido.)

Más valiera
que no lo hubieran hecho, no tendrían
qué reprocharme hoy mis enemigos.

Romero.

Núñez y yo hicimos la campaña
contra la insurrección á vuestras órdenes

Iturbide.

¿Erais soldados míos?

Romero.

Del Regimiento
de Celaya, señor.

Iturbide.

[Conmovido.] ¡De mis valientes;
¿Y por qué os encontrais en Tamaulipas?

Romero.

El ejército antiguo refundieron
en diversas brigadas y......

Iturbide.

A vosotros
la de Garza os tocó, bien se comprende'
erais iturbidistas......

Romero.

Yo quisiera
hablaros de otra cosa.

Iturbide.

Bien, te escucho.

Romero.

Yo, señor, sólo entiendo de ordenanza
la inteligencia es corta y la política
á mi alcance no está. Mas el decreto
que leísteis ha poco en el que dicen
que sois traidor, me indigna; los va-
[lientes,
mi noble Emperador, no son traidores

Iturbide.

Dices bien, hijo mío; mas yo tengo
la conciencia tranquila.

Romero.

Mucho, mucho
más tranquila, señor, que la de aquellos
que hicieron esa ley...... pero........

Iturbide.

¿Qué dices?
¿Hay algo que yo ignore?

Romero.

Mi Sargento
Núñez, al irse, me ordenó velara
por vos en tanto que estuviera ausente.

Iturbide.

(Aparte.)
(¡Ah! corazones generosos!)
[a él] Cumples
como fiel tu consigna. Mas ya viste,
Garza dejóme al mando de la tropa.

Romero.

¡Por Dios que hizo bien; de otra ma-
[nera
quizás le pesaría continuando
vos como estabais preso. Los soldados
una señal esperan; es sabido,

que cuando algo se quiere........
(Con toda intención.)

Iturbide.

Se practica,
lo sé; más yo que os amo prohibiría
faltarais al deber para salvarme
de la misma injusticia.

Romero.

(Enérgico pero respetuoso.)
La Ordenanza
no manda al corazón.

Iturbide.

Mas la obediencia
á nuestros superiores, hijo mío,
es la misma que á Dios debe tenerse.

Romero.

¿Os hemos de dejar abandonado
en medio del peligro, si podemos
evitar su desastre? ¡No es posible!

Iturbide.

(Aplicando el oído.)
¿Escucháis un rumor?

Romero.

(Mirando.) Allá se mira
un ginete venir á todo escape.

Iturbide.

Ve Romero quién es. ¡Si fuera Núñez!

(Vase Romero.)

ESCENA SEXTA.

[Dichos, menos Romero.)

Iturbide.

(Mirando salir á Romero.)

¡Generoso valor! ¡Noble cariño!
No pueden olvidar estos valientes
los lazos de otro tiempo: de la gloria
el laurel que ciñeron á mi lado
en múltiples batallas, vencedores
siempre de numerosos enemigos!

Beneski.

Y os salvarán á costa de su vida,
si á peligrar llegara.

Iturbide.

Lo comprendo,
Mas yo lo evitaré si llega el caso.

Beneski.

¡Increíble parece! en la rudeza
del pobre pueblo, existe lo que falta
en quienes de saber suelen preciarse.

Iturbide.

Lo sé por experiencia, amigo mío;

THE

La gratitud y el corazón no siempre
distinguen á los hombres encumbrados.
[Núñez por la izquierda, seguido de Romero.]

ESCENA SEPTIMA.

Dichos, Núñez y Romero.

Iturbide.

¡Núñez!

Núñez.

¡Señor!

Iturbide.

Responde á mi demanda
el Congreso honorable?

Núñez.

Permitidme
que con franqueza os diga lo que siento)

Iturbide.

Hablarme puedes sin temor ninguno.

Núñez.

No debíais, señor, haber enviado
vuestra solicitud á quienes buscan
el medio de perderos solamente.

Iturbide.

Pero bien ¿la respuesta?

Núñez.

No la tengo.
La mayoría del Congreso oculta
está, desde que supo que tan cerca
de la Villa os halláis. El Padre Lara,
que es Presidente del Congreso ahora,
abandonó la sala de sesiones
sin resolverse á dar, según dijeron,
su voto contra vos.

Beneski.

(Noble conducta.]

Iturbide.

¡Su voto contra mí!

Núñez.

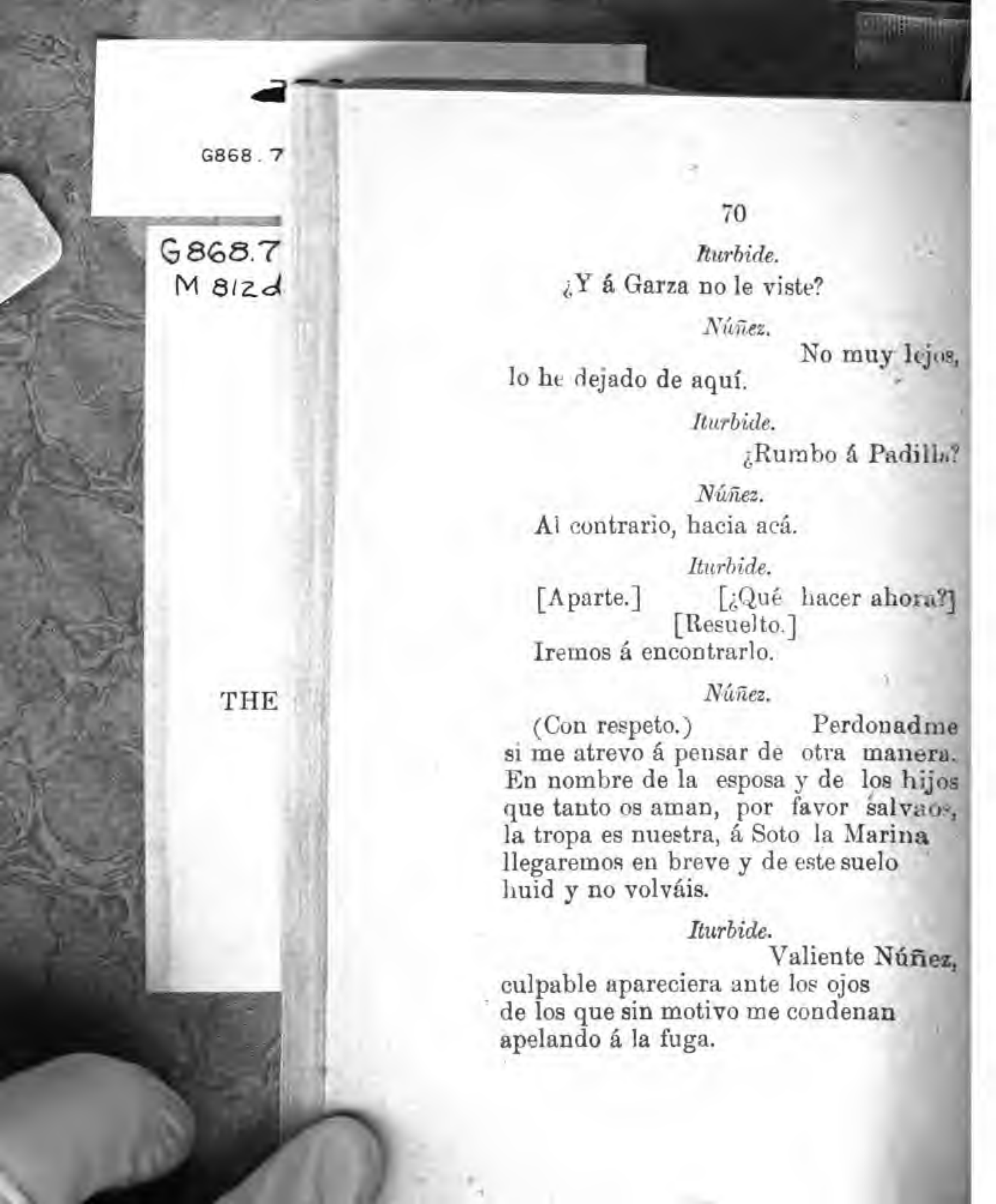
Así lo dicen......
Sólo seis diputados han leído
vuestra solicitud. La contestaron
al Brigadier, por medio de un teniente
que salió de Padilla media hora
antes que yo; pero llegué primero
reventando un caballo en el camino.

Iturbide.

¿Hay alarma en la Villa?

Núñez.

No tan sólo
sino gran conmoción por todas partes



THE

Iturbide.

¿Y á Garza no le viste?

Núñez.

No muy lejos,
lo he dejado de aquí.

Iturbide.

¿Rumbo á Padilla?

Núñez.

Al contrario, hacia acá.

Iturbide.

[Aparte.] [¿Qué hacer ahora?]
[Resuelto.]
Iremos á encontrarlo.

Núñez.

(Con respeto.) Perdonadme
si me atrevo á pensar de otra manera.
En nombre de la esposa y de los hijos
que tanto os aman, por favor salvaos,
la tropa es nuestra, á Soto la Marina
llegaremos en breve y de este suelo
huid y no volváis.

Iturbide.

Valiente Núñez,
culpable apareciera ante los ojos
de los que sin motivo me condenan
apelando á la fuga.

Núñez.

Generoso
pecho tenéis, mas la ocasión presente
no es para mostrar vacilaciones
ante el peligro cruel que os amenaza.
No es la ley, es el odio quien os lleva
á inútil sacrificio.

Iturbide.

¡Se comprende!

Núñez.

¿Por qué rehusáis entonces?

Iturbide.

Porque mi ánimo
tranquilo está.

Beneski.

No desoigáis el ruego
de los que os aman y salvaros quieren.

Núñez.

Mientras os exoltemos, si os persiguen
nada temáis, señor.

Romero.

(Mirando el camino.)

Tiempo nos queda,
resolveos, no tardan..... los rumores
me parece escuchar.

Núñez.

[Aplicando el oído.]

Oh sí, partamos.

Iturbide.

!Un soldado no huye, amigos míos!

Núñez.

Vos nunca lo habeis hecho, pero ahora
os matarán vilmente.

[Dirigiéndose á la tropa.]

¡Compañeros,
la muerte lo amenaza, nuestra vida
por él.

Soldados.

¡Sí, moriremos!

Iturbide.

¡Imposible!

Por evitar las guerras entre hermanos
la patria abandoné. No quiero sangre
y es muy cara la vuestra á mi cariño
para que yo consienta en derramarla.

Beneski.

(Asomándose.)

Ya están cerca, señor.

Iturbide.

Vamos á ellos.

Núñez.

(Con desesperación.)

Huyamos por piedad.........

Iturbide.

¡Nunca! ¡Adelante!

(Con tono solemne.)

¡Alta la frente, el corazón tranquilo,
No me inquietan venganzas ni traiciones
y voy hacia el peligro confiando
en la fe y el honor de la República.

Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Prisión de D. Agustín de Iturbide en Padilla.

Puerta al fondo; otra á la izquierda que da vista al exterior, y otra á la derecha que comunica con el lugar donde está el preso. Mesa tosca y dos ó tres sillas, hacia el lado derecho.

ESCENA PRIMERA.

Galindo.

[Apoyando el brazo derecho en la mesa.]

Era forzoso que el Congreso diera
muestras de su energía en este asunto.
Iturbide es funesto á los destinos
de la nueva República. Su nombre
es constante amenaza para quienes
dos lustros sin cesar hemos luchado
para extinguir la raza aborrecible
que á la nuestra venció. Sí, es preciso
que el audaz Brigadier que en mala hora
proclamó de la unión el pensamiento
desaparezca al fin y que la causa
de los tiranos para siempre acabe.
Que rueden sus cabezas, la República

debe seguir las huellas de la Francia
y en sangre ahogar aquí la monarquía.

(*Pausa breve.*)

Goza aún de prestigio ese tirano:
pueblo y tropa conmuévense y murmu-
[ran,
pero es muy tarde ya. Cuando él creía
á Padilla venir en són de triunfo
á recoger honores, prisionero
le condujimos.

(Se levanta, va un momento á la puerta de la derecha y vuelve al centro.)

La sentencia aguarda
y escribe aún pensando que sus letras
la suerte cambiarán. ¡Espera en vano!...

(*Recorre todas las puertas en observación.*)

Todo está en calma; signo de tormenta
que en su caída arrastrará muy pronto
la cabeza que osó ceñir corona.

(*Se pasea con aire reflexivo.*)

¡Luchan dentro de mí, dos sentimientos!
¡Odio y amor! Amor desventurado
nacido por mi mal en hora infausta,
pero que ausente de Leonor, hubiera
con el tiempo olvidado. Mi destino
cerca de mí la pone nuevamente
para incendiar el alma que dormía......
lejos de sospechar que entre la sombra

de recuerdos y olvido iba surgiendo
otra vez el amor y el desengaño
para venir á destrozarme el alma.
¡Leonor! ¡Leonor! tormento de mi vida!

(*Pausa breve.*)

[Señala á la izquierda.]

Distingo su balcón desde esa estancia.
Quizá la pueda ver.........

[*Va al fondo y llama.*]

Sargento Núñez....

ESCENA SEGUNDA.

Galindo y Núñez.

Núñez.

Mi Capitán, llamáis?

Galindo.

Unos momentos
permaneced aquí, vuelvo en seguida.

[Vase.]

ESCENA TERCERA.

Núñez.

Es fuerza aprovechar estos instantes.
Si ella tarda, nosotros......

[Se acerca á la puerta por donde entró Galindo, y escucha.]

Nada se oye......
El está en el balcón creyendo verla.

[Leonor por el fondo acompañada de Romero, quien la deja y se retira.]

ESCENA CUARTA.

Núñez y Leonor.

Leonor.

¡Núñez!.........

Núñez.

Señora..........

Leonor.

¿El Capitán?

Núñez.

[Señalando á la izquierda.]

Aguarda
veros en el balcón seguramente.

Leonor.

No perdamos el tiempo. ¿Habéis ha-
(blado?

Núñez.

Todo dispuesto está; lista la tropa;
ginetes y caballos en la calle
cercana nos esperan. Los infantes

que dan aquí la guardia, decididos,
protegerán la fuga. Ni un momento
Romero y yo le dejaremos solo;
ó morimos, señora, ó esta noche
en Soto la Marina nos hallamos.

Leonor.

(Con efusión cariñosa.)
Gracias, valiente Núñez

Núñez.

(Aplicando el oído.)
¡El! ¿qué hacemos?

Leonor.

(Vivamente.)
Corred antes que salga y anunciadle
que le espero.

Núñez.

¡De vos depende todo!

ESCENA QUINTA.

Leonor.

¡De mí depende todo! ¿qué quisiera
hacer para lograr nuestros deseos
y verle salvo? ¡Padre, padre mío,
desde el cielo me ves, tú que le amaste
como á jefe y amigo, y á su lado
me dejaste al morir, ¡bendice mi obra!
(Galindo y Núñez por la izquierda.)

ESCENA SEXTA.

Leonor, Galindo y Núñez.

Galindo.

(Emocionado al ver á Leonor.)
¡Señora! ¿Vos aquí?

Leonor.

Sí, caballero;
pero no estamos solos.

Galindo.

(á Núñez.) Retiraos.
[Vase Núñez por el fondo.]

ESCENA SEPTIMA.

Leonor y Galindo.

Galindo.

¿A qué debo el honor de recibiros
en impropio lugar para la dama
estrella de la corte en otros días?

Leonor.

Deberes de amistad y sentimiento
me conducen aquí para rogaros,
en nombre de una esposa que padece,
permitais visitemos al ilustre
personaje que aquí guardais ahora.

THE

Galindo.

(Aparte.)

[Lo esperaba]

[á Leonor.]

¡Leonor, es imposible!......
Está incomunicado, y, sin las órdenes
del superior, no puedo, á pesar mío,
complaceros.

Leonor.

Mirad, que os lo suplica
Una madre infeliz.

Galindo.

Los militares,
de la consigna esclavos, no podemos
faltar á los deberes.

Leonor.

No sabría
nadie que vos habíais concedido
favor tan especial. El sentimiento
es propio de las almas generosas,
y jamás he dudado que la vuestra
tenga también sus fibras delicadas.

Galindo.

(Aparte.)

(Tiemblo al oírla.)

Leonor.

(Aparte.) (Se conmueve.)

Galindo.

Acaso
hago mal en deciros que en un tiempo
yo también supliqué, toqué las fibras
de vuestro corazón y no vibraron......
á la voz del cariño y la ternura.
No es reproche, señora, no venganza,
es recuerdo fatal que de mi mente
no he podido extinguir.........

(Aparte.) (Nada responde.)

Tenéis razón para guardar silencio.
El obscuro oficial, llegar no puede
hasta la dama altiva.

Leonor.

¡Cuán errado
andáis en la manera de juzgarme!

Galindo.

¡Señora! ¿Qué decís?

Leonor.

Explicaciones,
tal vez impropias del lugar y el tiempo
tan apremiante, Capitán, serían
las que os dejasen convencido ahora
de vuestro error......

Galindo.

Hablad, os lo suplico.

Leonor.

Acaso habéis pensado que la dama
(*Con tono particular.*)
á quien llamais estrella de la corte,
sin más pasión que el juvenil orgullo
ó el esplendor de efímera belleza,
se gozaba en sus triunfos, contemplando
rendidos á sus piés á los magnates,
sin ver que un corazón en el silencio
raudales de ternura le ofrecía,
más valiosos para ella que la pompa
y la miel de rendidos amadores.

Galindo.

Señora, por favor de aquel pasado
no evoquéis la memoria.

Leonor.

¿Qué lo impide?
Yo gozo recordando aquellos días.

Galindo.

Yo no puedo pensar en ese tiempo
sin sentir el horror del desengaño.

Leonor.

¡Desengaño! ¿Por qué?

Galindo.

¿Porqué, señora?
¿y vos lo preguntais? Bien se comprende
que disteis al olvido, mi ternura;
la noble confesión que en un instante
de loco frenesí abrió mis labios
para deciros que os amaba y tuve
solamente el desdén por esperanza......

(*Animación creciente.*)

Devorado por celos imposibles
de dominar, en mi pasión ardiente
maldije la grandeza de la corte,
aborrecí al monarca, y de la sangre
la fatal diferencia, que cual muro
entre nosotros dos se levantaba
para humillar al insurgente osado
que amaros pudo á su pesar un día,
sin medir el abismo inaccesible
que entre nosotros hay.

Leonor.

(Aparte.) [Lo compadezco.]
Y ¿quién os dice que pasión tan grande
dejó de conmover el alma mía?

Galindo.

Vos, señora.

Leonor.

¿Yo?

Galindo.

Sí.

Leonor.

¿De qué manera?

Galindo.

Con silencio y desdén abrumadores.

Leonor.

¿Quién puede sondear los sentimientos
que el corazón de la mujer encierra
para que pruebe el hombre su cons–
(tancia,
y se engrandezca y dignifique y triunfe
y dueño pueda ser de lo que adora?

Galindo.

[Fuera de sí.]
¡Leonor me enloqueceis!

Leonor.

[Aparte.] [Es el instante.]
La que frívola pudo pareceros
ansiaba ser querida, como sueña
quien siente amor y sus primicias guar-
[da
para ofrecerlas en hogar tranquilo.
Mas la mujer anhela lo que grande
se presenta á sus ojos y á su mente......
Yo pertenezco á una familia ilustre;

heróica sangre por mis venas corre,
el amor y la gloria me deslumbran;
pero gloria y amor enaltecidos
con lo sublime de grandiosos hechos.
¡Nobleza obliga, Capitán! ¿decidme
que hicistéis vos para que yo os amase?

Galindo.

(Con orgullo.)

Distinguirme en los campos de batalla,
ornar mi pecho con honrosas cruces
y en la historia escribir mi obscuro
(nombre.

Leonor.

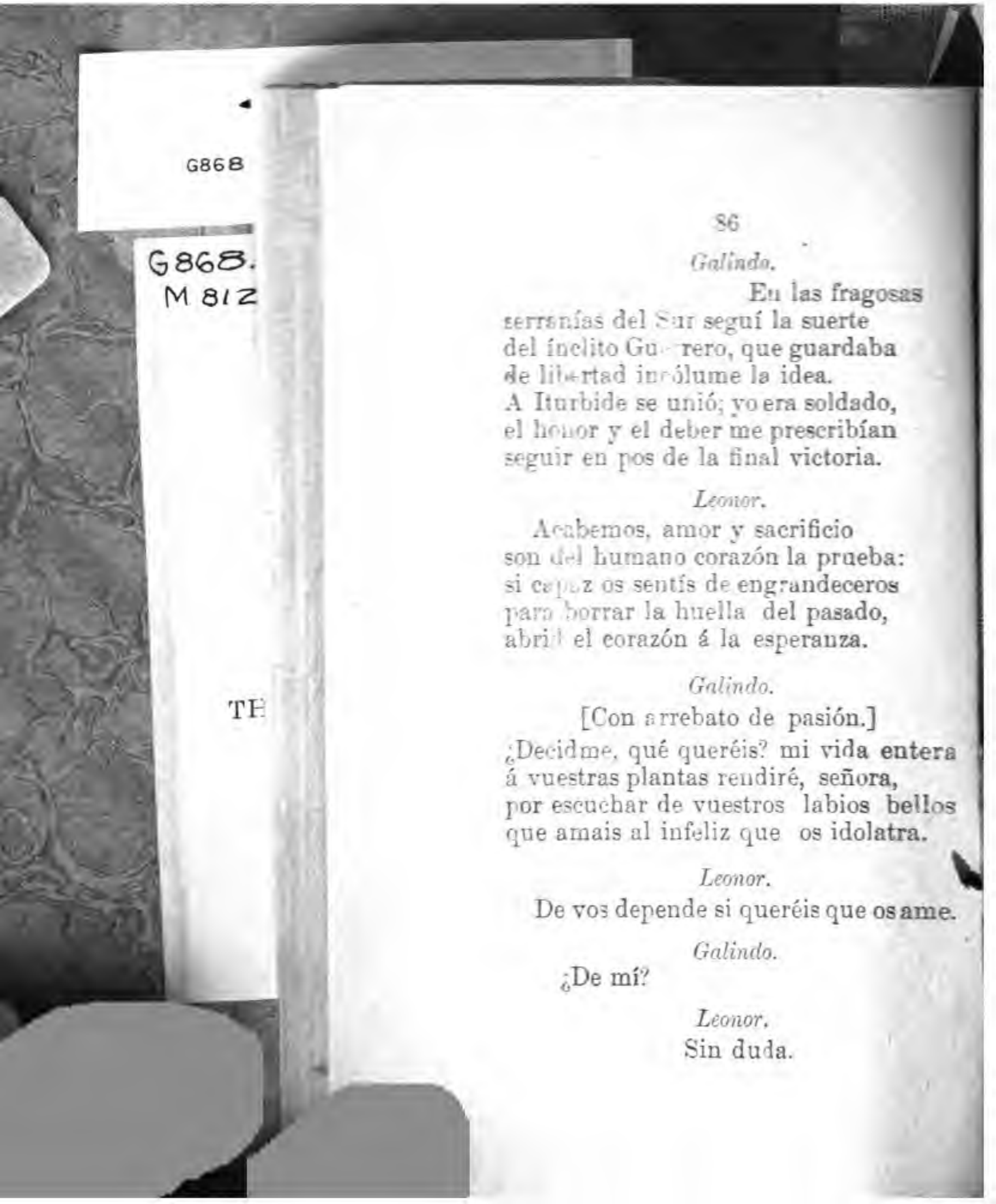
¡Os engañáis! ¡La insurrección quería
á la barbarie devolver el suelo
que los juicios de Dios le arrebataron.
España es nuestra madre, mengua fuera
que el hijo emancipado maldijese
con odio vil á quien debió la vida,
renegando de lazos bienhechores.

Galindo.

Los tiranos son siempre aborrecibles.

Leonor.

Os creí, Capitán, más generoso.
¿Por qué entonces servistéis al ejército
de las tres garantías que Iturbide
acaudilló en Iguala?



Galindo.

En las fragosas
serranías del Sur seguí la suerte
del ínclito Guerrero, que guardaba
de libertad incólume la idea.
A Iturbide se unió; yo era soldado,
el honor y el deber me prescribían
seguir en pos de la final victoria.

Leonor.

Acabemos, amor y sacrificio
son del humano corazón la prueba:
si capaz os sentís de engrandeceros
para borrar la huella del pasado,
abrid el corazón á la esperanza.

Galindo.

[Con arrebato de pasión.]
¿Decidme, qué queréis? mi vida entera
á vuestras plantas rendiré, señora,
por escuchar de vuestros labios bellos
que amais al infeliz que os idolatra.

Leonor.

De vos depende si queréis que os ame.

Galindo.

¿De mí?

Leonor.

Sin duda.

Galindo.

¡Hablad!

Leonor.

(Aparte.) (Está rendido.)
¿Me amáis deveras?

Galindo.

¡Con pasión ardiente!

Leonor.

¿En prueba me daréis?

Galindo.

Cuanto os agrade.

Leonor.

Mirad lo que decís.........

Galindo.

¡No retrocedo!

Leonor.

[Resueltamente.]

La vida de Iturbide está en peligro, vos le debéis la vuestra, de la muerte es preciso salvarle............

Galindo.

(Aparte.) [¡Lo esperaba!]

Leonor.

¿Vaciláis, Capitán?

Galindo.

Me aterroriza
propuesta semejante.

Leonor.

Pero en cambio,
una esposa tendréis que en lo futuro
realice vuestro sueño de ventura......
no deshonra salvar al inocente......

Galindo.

[Después de vacilar.]
¿Y qué queréis de mí?

Leonor.

Todo dispuesto
está para la fuga. Partiremos
sin demora, en el acto, y cuando raye
el día de mañana, en el navío
que en Soto la Marina nos espera
huiremos de la patria que no quiere
de su libertador la noble espada......
Partiréis con nosotros y el arrullo
de las ondas del mar, himno amoroso
será de nuestras nupcias y la antorcha
el sol que irradia en el azul del cielo.

Galindo.

(Aparte, vacilando.)
[¡Razón ó sentimiento! ¡Luz ó sombra!..
(*Resuelto.*)

Bien, Leonor, estoy pronto; voy á verle, le diré que está libre y por la puerta falsa de la prisión, huiremos todos.

Leonor.

Corred, el tiempo vuela; concluyamos.
(Al dirigirse Galindo á la puerta de la derecha, suenan las tres; al oírlas se detiene vacilante.]

Leonor.

¿Esa vacilación?

Galindo.

(Aterrado.) ¿Habéis oído?

Leonor.

¡Las tres!, dentro de poco será tarde....

Galindo.

[Experimentando una reacción y como hablando consigo mismo.]
¡Imposible! ¡no puedo resolverme!

Leonor.

(Angustiada al oír rumor de pasos.)
¡Escuchad! alguien viene. Se aproxima el terrible momento.

Galindo.

[Completamente dominado.]
Esa campana

mi salvación ha sido. He despertado de un sueño halagador. ¡Huid, señora! Ha muerto la esperanza. El ayudante D. Gordiano Castillo trae la orden para la ejecución.

Leonor.

(de rodillas.) Os lo suplico...... salvadle por favor.........

Galindo.

[Con resolución.]

¡No, que se cumpla su destino fatal!.........

Leonor.

(De pié irguiéndose altiva.)

Entonces caiga su sangre sobre vos y sus verdugos.

[Vase por el fondo.]

ESCENA OCTAVA.

Galindo.

(Denotando toda la energía de la aversión á Iturbide.)

¡Retroceder, sacrificar el odio
á un amor insensato...... Cobardía!
¡Basta de lucha, la venganza debe
consumarse por fin, carga el tirano!

(El ayudante Castillo por el fondo.)

ESCENA NOVENA.

Galindo y Castillo.
(Este último trae un pliego en la mano.)

Castillo.
¿El preso, Capitán?

Galindo.
[Señalando á la derecha.]
En esa estancia

Castillo.
Anunciadle que vengo con la orden
del señor Brigadier que, como jefe
de las armas, dispone se ejecute
la pena capital ahora mismo
á las seis de la tarde.

Galindo.
Voy al punto.

ESCENA DECIMA.

Castillo.
Me indigna sin querer tanta injusticia.
hacia el que inerme y solo vino á Mé-
[xico,
á ofrecerle servicios ignorando
el terrible destino que le aguarda.
(Galindo á tiempo.)

TI

ESCENA UNDECIMA.

[Galindo y Castillo.]

Galindo.

Podéis pasar, espera el prisionero.

Castillo.

(Aparte, yéndose.)

[Temblaré á su presencia.]

Galindo.

(Notando su conmoción; irónicamente.)
Se conoce
que tiene compasión el ayudante.

ESCENA DUODECIMA.

Galindo.

Hicieron mal cuando bajó del solio
en desterrarle á Europa; su cabeza
debió caer entoncer al estruendo
conque el trono se hundía. La Repú-
(blica
fué débil por demás y hoy aparece
víctima el desterrado, y su verdugo:
esa misma República. La historia
asesina dirá, no justiciera.
Nada importa, que acabe para siempre
de una ú otra manera el ex-monarca.

Era yo casi un niño; el entusiasmo
me llevó á las filas insurgentes
en pos del gran Morelos, hasta el día
que derramó su sangre en el suplicio.
Cuando en Valladolid fuí prisionero
de Iturbide, mi arrojo y mi bravura
compasión humillante le inspiraron
hacia el joven Alférez, y la vida
debo á su compasión, aunque me pesa.
Admiro su valor y más le odio;
envidio la fortuna que no tuvo
ninguno de los héroes que podían
haber llevado el noble pensamiento
de libertad al punto decisivo
á que Iturbide lo llevó triunfante.

(Castillo por la derecha.

ESCENA DECIMA TERCERA.

[Galindo y Castillo.]

Castillo.

Está notificada al prisionero
la orden superior que lo condena
á muerte. El Brigadier en vos confía
para que vigiléis, pues hay rumores,
de disgusto en el pueblo y en la tropa,
y pueden sosprenderos.

Galindo.

Ayudante,
decid al Brigadier que nada tema.



Castillo.

Vos mandaréis el pelotón que debe ejecutarlo.

Galindo.

Gracias.

Castillo.

(Poniéndole familiarmente la mano en el hombro.)

Y mañana
el ascenso tendréis, os lo aseguro.

(*Vase Castillo.*)

Mientras Galindo dice los versos que siguen, Núñez y Romero entrarán cautelosamente por el fondo colocándose de manera que á su tiempo se apoderen de Galindo. Un grupo de soldados colocará en la puerta guardando la salida.

ESCENA DECIMA CUARTA.

Galindo, Núñez, Romero y soldados.

¡El ascenso tendré! Bien lo merece
quien ha sacrificado á sus ideas
esperanzas de amor, sueño dorado
que en la edad juvenil nos acaricia.
¡Un grado más á mi valor le debo!

Núñez.

[Avanzándose y colocándose á la de-

recha de Galindo, mientras Romero lo hace á la izquierda.]

Pero esta vez mi Capitán, no ha sido ganado en la batalla.

Galindo.

(Llevando la mano á la espada é impidiéndolo Romero, que se la quita.]

¡Miserable!

Romero.

Somos cuanto queráis.

Galindo.

¡A mí la guardia!

Núñez.

Es inútil llamar, no os obedecen,
mirad cuán impasible nos contempla.

Galindo.

¡Traidores! el valor no me abandona;
implacable seré.

Romero.

No lo dudamos,
pero vais á seguirnos.

Galindo.

¡No!

Núñez.

¡Silencio!

Galindo.

¿Qué pretendéis?

Núñez.

Salvar de vuestras garras
al noble preso que villanamente
queréis asesinar.

Galindo.

Antes la vida
que permitirlo.

Romero.

Entonces disponeos
á morir, Capitán; Núñez, clavadle.
(Núñez saca la bayoneta rápidamence.)

Galindo.

(Pugnando por desasirse.)
¡A mí! ¡traición! ¡cobardes!

Núñez.

[Alzando la bayoneta.]
¡Asesino!
[Iturbide rápidamente por la derecha.
Su presencia detiene la acción de Núñez.

ESCENA DECIMA QUINTA.

Dichos, é Iturbide.

Iturbide.

¡Núñez! ¡Romero! ¿qué hacéis?

Núñez.

¡Salvaros!......

Iturbide.

¿Y salvarme queréis vertiendo sangre?

Núñez.

Huid por compasión, aún queda tiempo.

Iturbide.

Los hombres de mi clase nunca man-
(chan
con fuga vergonzosa sus blasones.
Dejad al Capitán. Os lo suplico.........

Romero.

¡Señor, pensad!

Iturbide.

¡Eutonces os lo mando!
Obedecedme y devolved la espalda
á vuestro superior.

(Núñez y Romero confusos, dan la espada á Galindo y se apartan, colocándose cerca de la puerta en segundo término.)

Galindo.

[Aparte con desesperación.)
(Vuelvo á deberle
á mi pesar la vida.)

Iturbide.

[Dirigiéndose á Núñez y á Romero.]
Os agradezco
sacrificio tan grande, última prueba
de noble gratitud á vuestro jefe
y amigo de otros días. Ya sus alas
bate la muerte en torno á mi cabeza,
¿mi sangre necesita la República?
que la tome y con ella fecundice
la paz y la ventura que no pudo
darle quien consumó su independencia.
La hora está cercana. Despidámonos.
¡A mis brazos venid!.. ...

(Romero y Núñez se arrodillan.)

No de rodillas,
aquí en mi corazón, junto á mi pecho,
en este corazón que muy en breve
ya no palpitará......

[Los estrecha y habla profundamente comovido.]

Por la vez última
escuchadme, grabando mis palabras
de vosotros en lo íntimo. La vida
del hombre y del soldado es la obedien-
[cia,
el honor y el deber, cumplid con ellos
hasta la abnegación, hasta la muerte.

(*Dejándolos y volviéndose al Capitán.*)

Si algún recuerdo mío en este instante,

de otro tiempo, tenéis, por él os pido gracia y perdón para ellos; generoso mostraos, por favor, con quienes fueron los últimos amigos de Iturbide.

Galindo.

(Después de vacilar.)

¡Marchad á vuestro puesto!

(Aparte.) (La venganza será el perdón.)

(Iturbide indica á Núñez y Romero que se retiren y se dirige á Galindo.)

Iturbide.

[Con triste solemnidad.]

¡El cielo os recompense!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

Garza y Galindo.

Garza.

¿La esposa de Iturbide y sus amigos
han acudido á verle?

Galindo.

(Señalando la izquierda.)
En esa estancia
esperan vuestras órdenes.

Garza.

(Mirando fijamente á Galindo.)
Se sabe
que han intentado un atrevido golpe
queriéndole salvar.

Galindo.

Mas no contaron
con la firmeza y el valor que tiene
quien guarda al prisionero.

Garza.

Yo confío
en el soldado fiel de la República.

Galindo.

¡No os arrepentiréis! Os doy las gracias.

Garza.

Como tengo que hablar con Iturbide.
impediréis que desde allí se escuche
[*Señalando á la izquierda.*]
nuestra conversación. Cuando termine,
os diré, Capitán, si pueden verle.
Decidle que le espero, y entretanto,
aquella estancia vigilad.

Galindo.

Descuide
vuesencia, le respondo con mi vida.

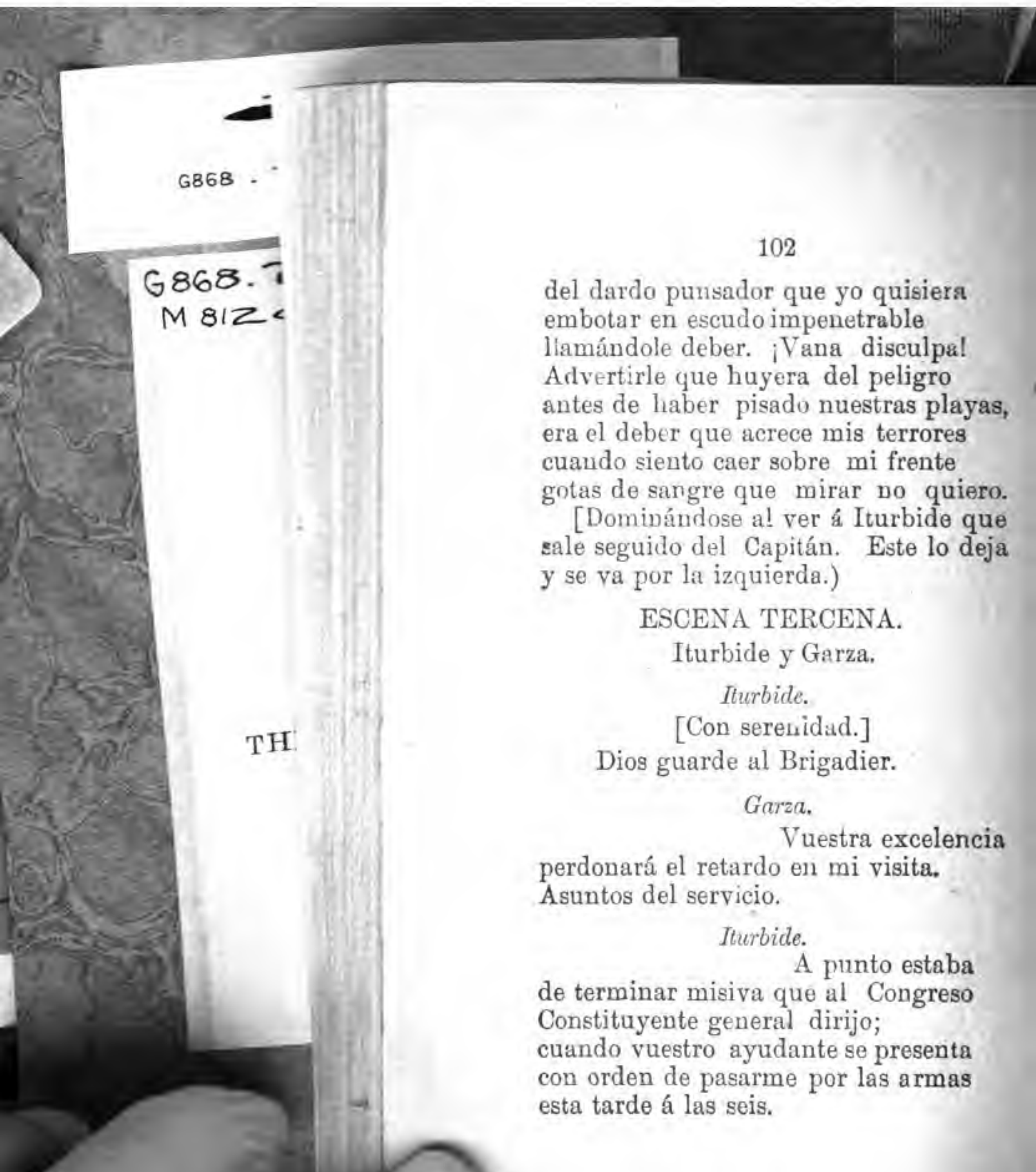
[Vase por la derecha.]

ESCENA SEGUNDA.

Garza.

[Paseando reflexivo.]

¿Siento rubor pensando que sus ojos,
sereno fijará en mi semblante
para pedirme cuenta del engaño!
¿Qué le puedo decir? ¿que débil quise
navegar á dos vientos y que alguno
tenía que vencer? ¡Tarde lo veo!
Este regulador de las acciones,
este yo que conciencia le llamamos
me acusa sin que pueda sustraerme



del dardo punzador que yo quisiera
embotar en escudo impenetrable
llamándole deber. ¡Vana disculpa!
Advertirle que huyera del peligro
antes de haber pisado nuestras playas,
era el deber que acrece mis terrores
cuando siento caer sobre mi frente
gotas de sangre que mirar no quiero.
[Dominándose al ver á Iturbide que
sale seguido del Capitán. Este lo deja
y se va por la izquierda.)

ESCENA TERCENA.

Iturbide y Garza.

Iturbide.

[Con serenidad.]
Dios guarde al Brigadier.

Garza.

Vuestra excelencia
perdonará el retardo en mi visita.
Asuntos del servicio.

Iturbide.

A punto estaba
de terminar misiva que al Congreso
Constituyente general dirijo;
cuando vuestro ayudante se presenta
con orden de pasarme por las armas
esta tarde á las seis.

Garza.

(Hipócritamente.)

A pesar mío,
no fué dable evitaros el tormento
que acabáis de sufrir; pero las órdenes
del Congreso me obligan á deciros
que sin apelación estáis juzgado
y que vais á morir.

Iturbide.

¡Es imposible
que me condenen sin defensa alguna!
¿Cuál es mi crimen? ¿y por qué el Con-
(greso
se erige en tribunal para juzgarme
decretando mi muerte? ¿Por ventura
soy un fascineroso á quien las leyes
no deben amparar?

Garza.

Sabéis que existe
el decreto de Abril.........

Iturbide.

Que desconozco.

Garza.

Pero que pasa sobre vos.

Iturbide.

Cual pesa
la injusticia del hombre sobre el hombre

Garza.

De vuestra causa defensor he sido,
á riesgo de exponerme al anatema
que existe contra vos y los parciales
que en México tenéis.

Iturbide.

(Con ironía.)

Os lo agradezco.
Mas apesar de prueba tan valiosa
de vuestra parte, moriré sin duda.

Garza.

[Después de un instante de reflexión.]
¡Acaso pueda haber una esperanza!
Si el Congreso demuéstrase inflexible

ESCENA CUARTA.

Iturbide.

Faltaba á mi dolor el lenitivo
de verlos á mi lado en los instantes
de mi suprema lucha. ¡Terminemos!
Ya de mi mente entre la sombra surge
el más allá de la justicia eterna!

ESCENA QUINTA.

[Iturbide, Doña Ana, Leonor, Beneski y Galindo, que después de dejarlos en la estancia se va por el fondo.]

Iturbide.

(Yendo á Doña Ana con toda efusión.)
Llegué á pensar que el cielo me negaba
verte antes de morir.

Doña Ana.

[Casi sollozando.]

¡Esposo mío!
¿Por qué no me llamaste?

Iturbide.

No sabía
si era posible que vinieras. Vamos,
todos estáis aquí para probarme
que Dios no me abandona.

Doña Ana.

Los momentos
pasan con rapidez; oye y decide
lo que debes hacer para salvarte.

Iturbide.

[Con extrañeza.]
¿Para salvarme? Habla.

Doña Ana.

En opiniones
dividido el Congreso han esperado
hicieras conocer aquellas causas
que decidieron tu venida á México



Iturbide.

Escudan su temor con ignorancia...
Mi exposición lo dice claramente.
¿Qué más puedo agregar?

Doña Ana.

Unos desean
restauración borbónica, ofreciendo
á alguno de sus príncipes el trono.

Beneski.

Otros, que os adhiráis á las ideas
que audaz difunde en vuestro patrio
[suelo,
la logia americana de yorkinos.

Iturbide.

(Con sarcasmo.)

Y Garza con los últimos pretende
resucitar los tiempos de barbarie...
¡Insurgentes, yorkinos ó borbones!......
Agustín de Iturbide no ambiciona
sino la paz, la honra y la grandeza
dignas del pueblo en cuyar venas corre
la sangre generosa de Pelayo.
¿Que quieren los partidos? destrozarse:
con torpe yugo encadenar el cuello
de la patria infeliz. ¡Bella conquista!

(*Con animación creciente.*)

¿El pabellón de las estrellas? ¡Nunca!

¿La flor de lis que se arrastró á las
[plantas
del primer Bonaparte? ¡desvarío!
¿La ingratitud para la noble Iberia
donde se habla la lengua de Cervantes,
donde el sol de Isabel no tiene Ocaso?....
¡No! prefiero la muerte á los deseos
que os habéis atrevido á proponerme!

[Con explosión.]

Doña Ana.

Perdóname, Agustín; esposa y madre,
¿qué debo hacer para salvar tu vida?
Te miro en el patíbulo y quisiera
arrancarte de manos del verdugo
porque eres solo mío y de tus hijos.
Sálvate por piedad.

Leonor.

Os lo rogamos.
¿Qué harán sin vos en soledad tan triste
esposa sin esposo, hijos sin padre?......

Iturbide.

(Atrayendo á Doña Ana.)

Basta ya de lamentos, Ana mía.
Me sacrifican del rencor en aras.
Sea, pero el juicio de la historia
condenará inflexible á quienes fueron
no autores de justicia, partidarios

que la humana pasión ofusca y ciega.
Resígnate á sufrir, Dios lo ha querido.

Beneski.

¿Y la mancha que quieren arrojaros
en el decreto que os condena á muerte?

Iturbide.

[Vacila unos momentos; expresa en escena muda su lucha de sentimientos y después con un grito desgarrador.)

¡Dios Eterno, piedad!

[Serenándose.]

Al alma mía
no puede amedrentar el sacrificio.
Hay una providencia que por todos
vela en el mundo. La traición, Beneski,
está muy lejos de mi limpio nombre.
El suplicio es mi gloria: lo futuro
sabrá justificarme.

Doña Ana.

[Sollozando.]

¡No hay remedio!

Iturbide.

[Con solemnidad.]

¡Quede á mis enemigos el oprobio
y la mancha imborrable de mi muerte!

(*Transición.*)

¡Desvanézcase ya la perspectiva
de halago mundanal. Ven á mis brazos,
desolada matrona, dulce madre
de seres infelices que en extraña
tierra, ignorando su orfandad, esperan
á su patria venir, al techo amigo
que abrigó su niñez en gratas horas.
(Aparte.)
[¡Vacilas corazón!] Seca tu llanto.
Dí á mis hijos que nunca la venganza
de mi muerte pretendan; que perdonen;
que sirvan á la patria como fieles
y huyan de la guerra fratricida;
que jamás ambiciones de grandeza
con bello panorama los deslumbren,
ni piensen que nació ninguno de ellos
en las gradas efímeras del trono.
Y tú, mi bien, perdona si rehuso
medios de salvación inadmisibles
y sola te abandono á los dolores......
Dios velará por tí.........
[Los sollozos ahogan su voz.]
(Todos lloran en silencio.)

Doña Ana.

¡El nos ampare!

(El padre Lara por el fondo.)

ESCENA QUINTA.

Dichos y el Padre Lara.

Padre Lara.

[Desde la puerta.]

Perdonad si molesto.

Iturbide.

(Yendo hacia él.)

¡Padre mío......!

Padre Lara.

(Con rapidez en voz baja.)

El momento se acerca, es necesario
que se alejen de aquí.

Iturbide.

Lo intentaremos.

(Dirigiéndose al grupo.)

Os ruego me dejéis unos instantes
con este sacerdote. Se difiere
mi ejecución para mañana y quiero
el t empo aprovechar; algunas horas
reunidos estaremos por la noche.

Doña Ana.

¿Es cierto?...... ¿No me engañas?......

Iturbide.

Vé y espera.

Leonor.

[Bajo á Beneski.]

Llegó el terrible instante.

Beneski.

(A Leonor.) Lo comprendo;
que ella lo ignore.

Doña Ana.

(A los dos.) ¿Vamos?

Leonor.

Sí señora.

(Doña Ana entró la primera. Leonor y Beneski vuelven el rostro para ver á Iturbide. Con ademán y mirada se dan los tres el último adiós. Iturbide les recomienda silencio.)

ESCENA SEXTA.

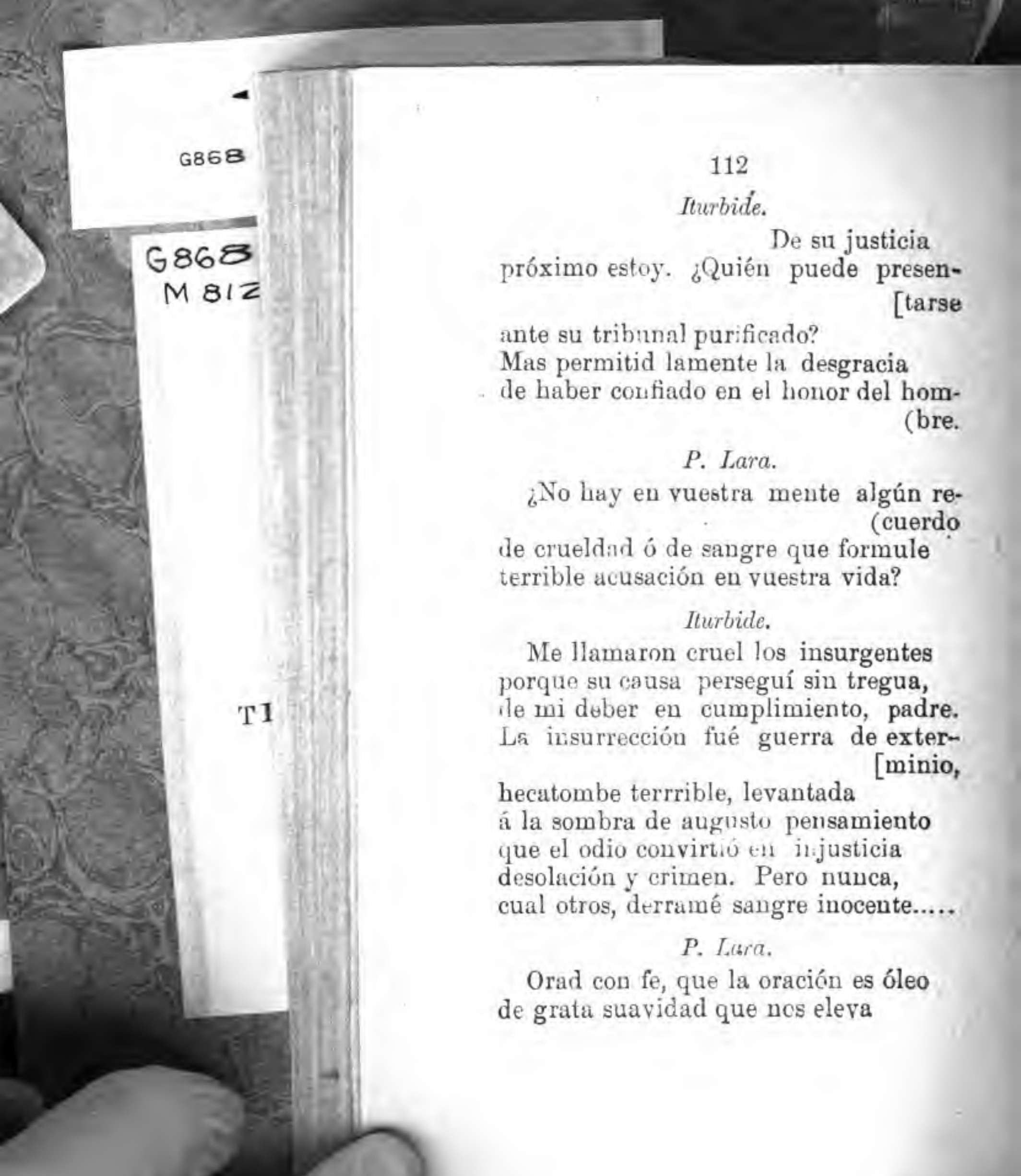
Iturbide y el P. Lara.

Iturbide.

Ya estamos solos, padre, mi conciencia
de la piedad cristiana necesita.
Quiero depositar en vuestro seno
mis dolores humanos y que el alma,
libre de ligaduras materiales,
á Dios eleve su oración postrera.........

Padre Lara.

Olvidad á los hombres y tan sólo
ocupaos en Dios.



Iturbide.

De su justicia
próximo estoy. ¿Quién puede presen-
[tarse
ante su tribunal purificado?
Mas permitid lamente la desgracia
de haber confiado en el honor del hom-
(bre.

P. Lara.

¿No hay en vuestra mente algún re-
(cuerdo
de crueldad ó de sangre que formule
terrible acusación en vuestra vida?

Iturbide.

Me llamaron cruel los insurgentes
porque su causa perseguí sin tregua,
de mi deber en cumplimiento, padre.
La insurrección fué guerra de exter-
[minio,
hecatombe terrrible, levantada
á la sombra de augusto pensamiento
que el odio convirtió en injusticia
desolación y crimen. Pero nunca,
cual otros, derramé sangre inocente.....

P. Lara.

Orad con fe, que la oración es óleo
de grata suavidad que nos eleva

hacia Dios, en los grandes sacrificios.
Piélago de dolor es nuestra vida
en él naufraga el corazón formado
de barro miserable. Las pasiones,
en olas tumultosas se apoderan
del humano infeliz y lo subyugan,
y cuando exhausto como débil hoja
que arrastra el torbellino hacia la nada,
cae al golpe mortal, sólo la dulce
y santa religión salvarlo puede.

Iturbide.

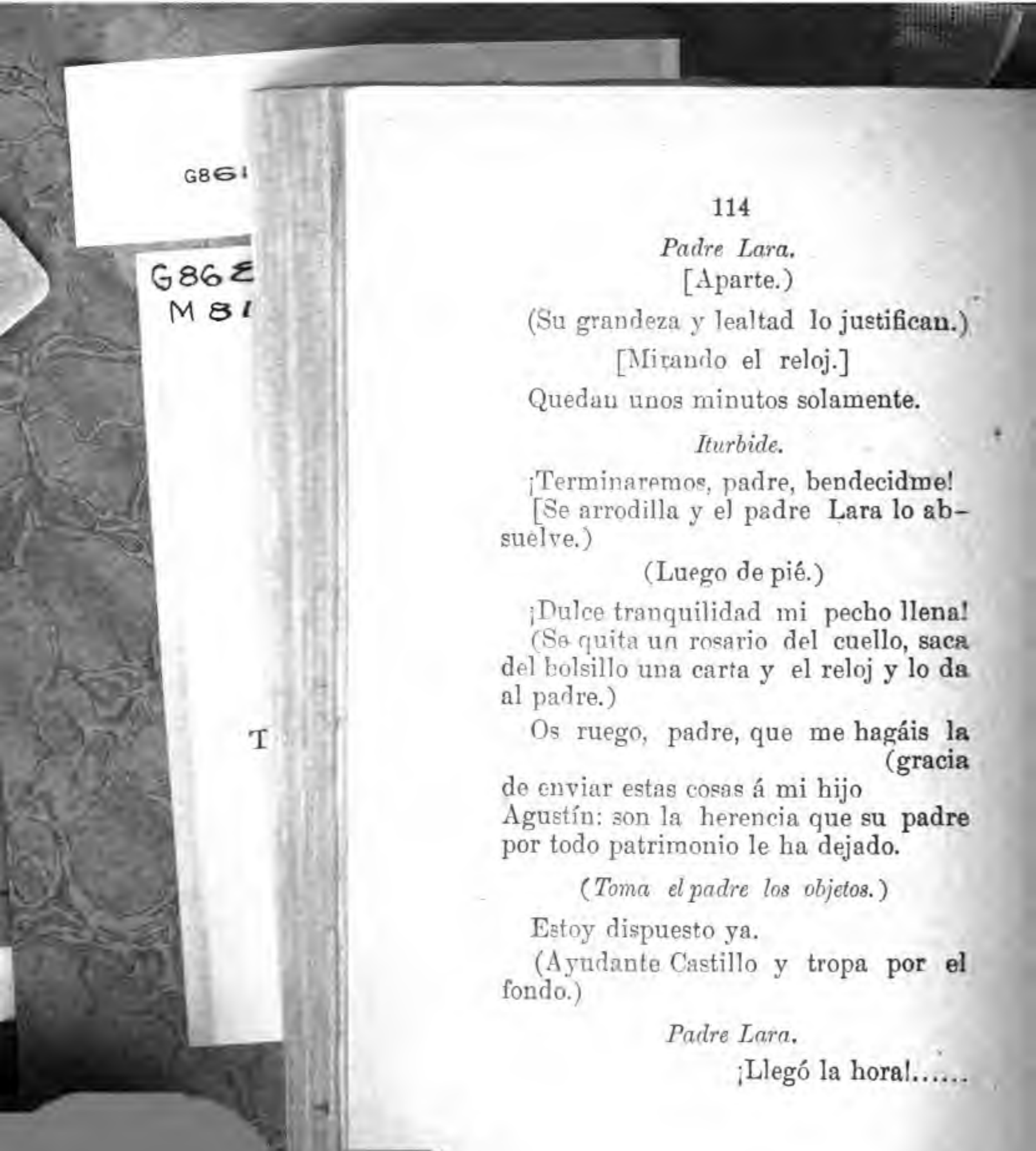
Alentad mi esperanza, padre mío.
El temor de la muerte no me abate,
mas á pesar de todo se revela
en mi naturaleza el sentimiento
de que pretendan denigrar mi nombre.

P. Lara.

Perdonad, como Dios ha perdonado.

Iturbide.

He perdonado ya con toda el alma,
pero protesto por la vez postrera
ante el juicio de Dios y de los hombres
contra el dictado de traidor que quieren
arrojar sobre mí; y en los instantes
en que mi corazón ya se desprende
de lo pobre y pequeño de este mundo
digo muy alto que con honra muero.



Padre Lara.

[Aparte.)

(Su grandeza y lealtad lo justifican.)

[Mirando el reloj.]

Quedan unos minutos solamente.

Iturbide.

¡Terminaremos, padre, bendecidme!

[Se arrodilla y el padre Lara lo absuelve.)

(Luego de pié.)

¡Dulce tranquilidad mi pecho llena!

(Se quita un rosario del cuello, saca del bolsillo una carta y el reloj y lo da al padre.)

Os ruego, padre, que me hagáis la (gracia
de enviar estas cosas á mi hijo
Agustín: son la herencia que su padre
por todo patrimonio le ha dejado.

(*Toma el padre los objetos.*)

Estoy dispuesto ya.

(Ayudante Castillo y tropa por el fondo.)

Padre Lara.

¡Llegó la hora!......

ESCENA SEPTIMA.

Dichos, Castillo y escolta.

Castillo.

Perdonad, Excelencia, si interrumpo vuestra conversación.

Iturbide.

Hemos concluido.

[Se va rápidamente á la izquierda y llama.)

¡Beneski!

Padre Lara.

Prevenidlo.

Iturbide.

Voy á hacerlo

ESCENA OCTAVA.

Dichos y Beneski.

Iturbide.

Cerrad la puerta.

(La cierra.)

¡Adiós! y que no sepan que partí al suplicio.

Beneski

¡Mas!......

Iturbide.

¡Silencio!

Beneski.

Con vos quisiera
también morir. Dejadme, á vuestro lado
está mi puesto.

Iturbide.

[Señalando al cielo.]
¡Hasta la vista!

Beneski.

¡Os ruego!

Iturbide.

[Lo retira é indica á los demás que partan.]
¡Adiós, amigo fiel! ¡Vamos, señores!
(Vanse todos por el fondo.)

ESCENA NOVENA.

Beneski.

[En el colmo del dolor.]
¡Inflexible crueldad! ¿por qué vivimos
en la esperanza y el honor confiados?
[*Profundamente emocionado.*]
¡Mártir de tu deber, víctima noble!
Adiós en esta vida miserable!.........

Ojos míos que visteis su grandeza,
romped la fuente del dolor y caigan
lágrimas calcinadas por el fuego
sobre la tumba del sin par caudillo!
Hoy comprendo que el hálito de muerte
del reptil que se yergue embravecido,
es menos ponzoñoso que la saña
que da la ingratitud á los humanos.

(Se escuchan toques de clarín.)

¡Ah! los clarines! ¡Al suplicio llega!

(Momentos después, golpes en la estancia en que está Doña Ana.)

¡Esos golpes!

Doña Ana.

(Dentro.)

¡Abrid!

Beneski.

¡Los han oído!...

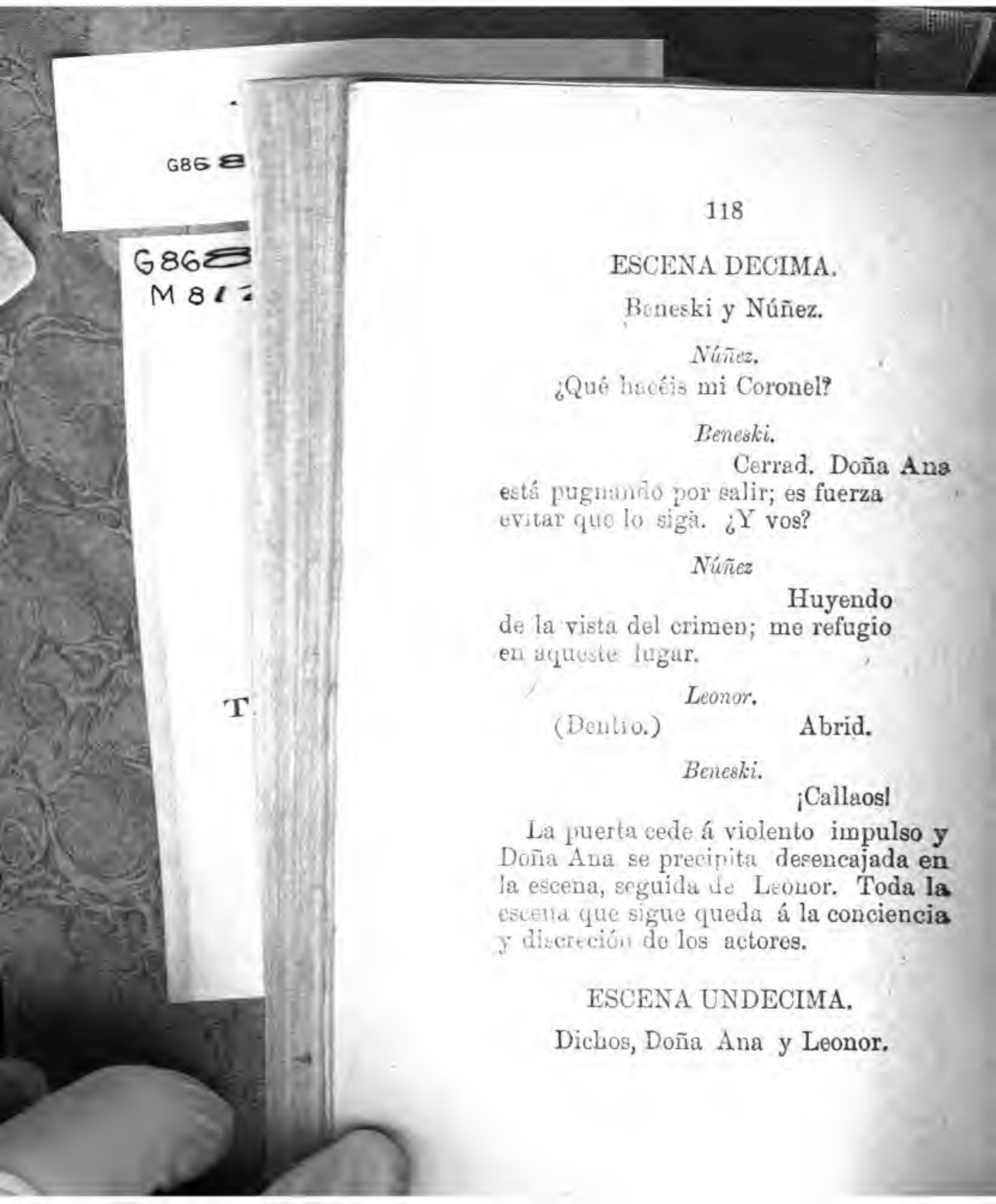
Doña Ana.

Abrid por compasión.

Beneski.

¡Es imposible!
no debo permitir que ella lo vea.

(Va á cerrar la puerta del fondo y á este tiempo Núñez entra en la estancia despavorido.)



ESCENA DECIMA.

Beneski y Núñez.

Núñez.

¿Qué hacéis mi Coronel?

Beneski.

Cerrad. Doña Ana
está pugnando por salir; es fuerza
evitar que lo siga. ¿Y vos?

Núñez

Huyendo
de la vista del crimen; me refugio
en aqueste lugar.

Leonor.

(Dentio.) Abrid.

Beneski.

¡Callaos!

La puerta cede á violento impulso y Doña Ana se precipita desencajada en la escena, seguida de Leonor. Toda la escena que sigue queda á la conciencia y discreción de los actores.

ESCENA UNDECIMA.

Dichos, Doña Ana y Leonor.

Doña Ana.

[Dirigiendo la vista á todos lados.]
¡Me engañaron! ¡partió! Beneski, Núñez
¿Adónde está mi esposo? Respon-
(dedme.

Beneski.

[Balbuciente y turbado.]
Señora, en el Congreso, le llamaron para no sé que asunto.

Doña Ana.

(á Núñez.) Hablad. ¿Es cierto?
[Núñez por toda respuesta, vuelve el rostro y prorrumpe en un sollozo.]

Doña Ana.

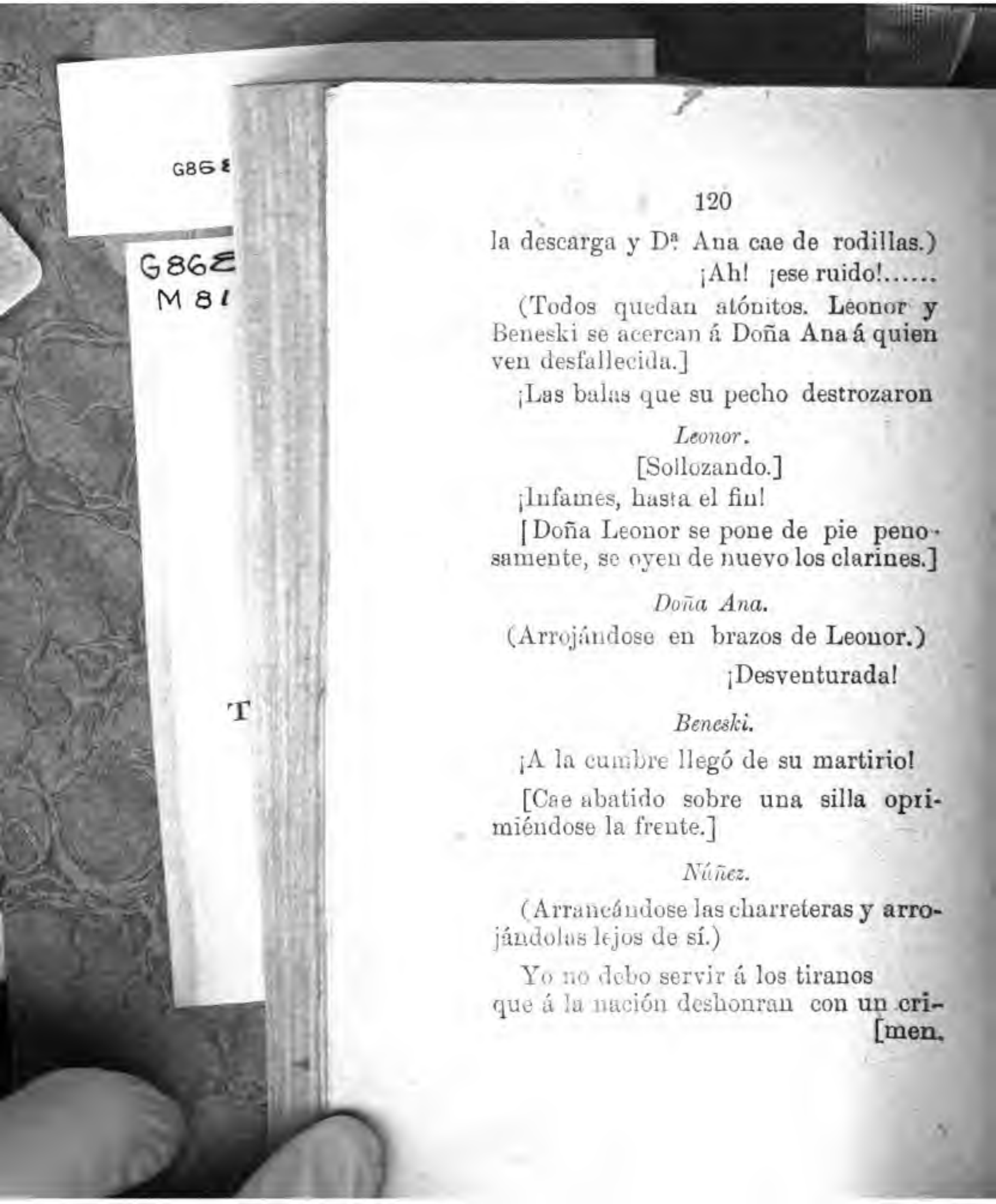
¡Dios mío, en el patíbulo!......

Leonor.

(Queriéndole impedir que salga.)
Señora,
por favor.......

Doña Ana.

[Dirigiéndose al fondo.)
(Empuja la puerta.) Está cerrada como aquella lo estuvo. ¡Nada importa por que yo la abriré!
La empuja con desesperación; la puerta ceder al mismo tiempo suena



T

la descarga y Dª Ana cae de rodillas.)

¡Ah! ¡ese ruido!......

(Todos quedan atónitos. Leonor y Beneski se acercan á Doña Ana á quien ven desfallecida.]

¡Las balas que su pecho destrozaron

Leonor.

[Sollozando.]

¡Infames, hasta el fin!

[Doña Leonor se pone de pie penosamente, se oyen de nuevo los clarines.]

Doña Ana.

(Arrojándose en brazos de Leonor.)

¡Desventurada!

Beneski.

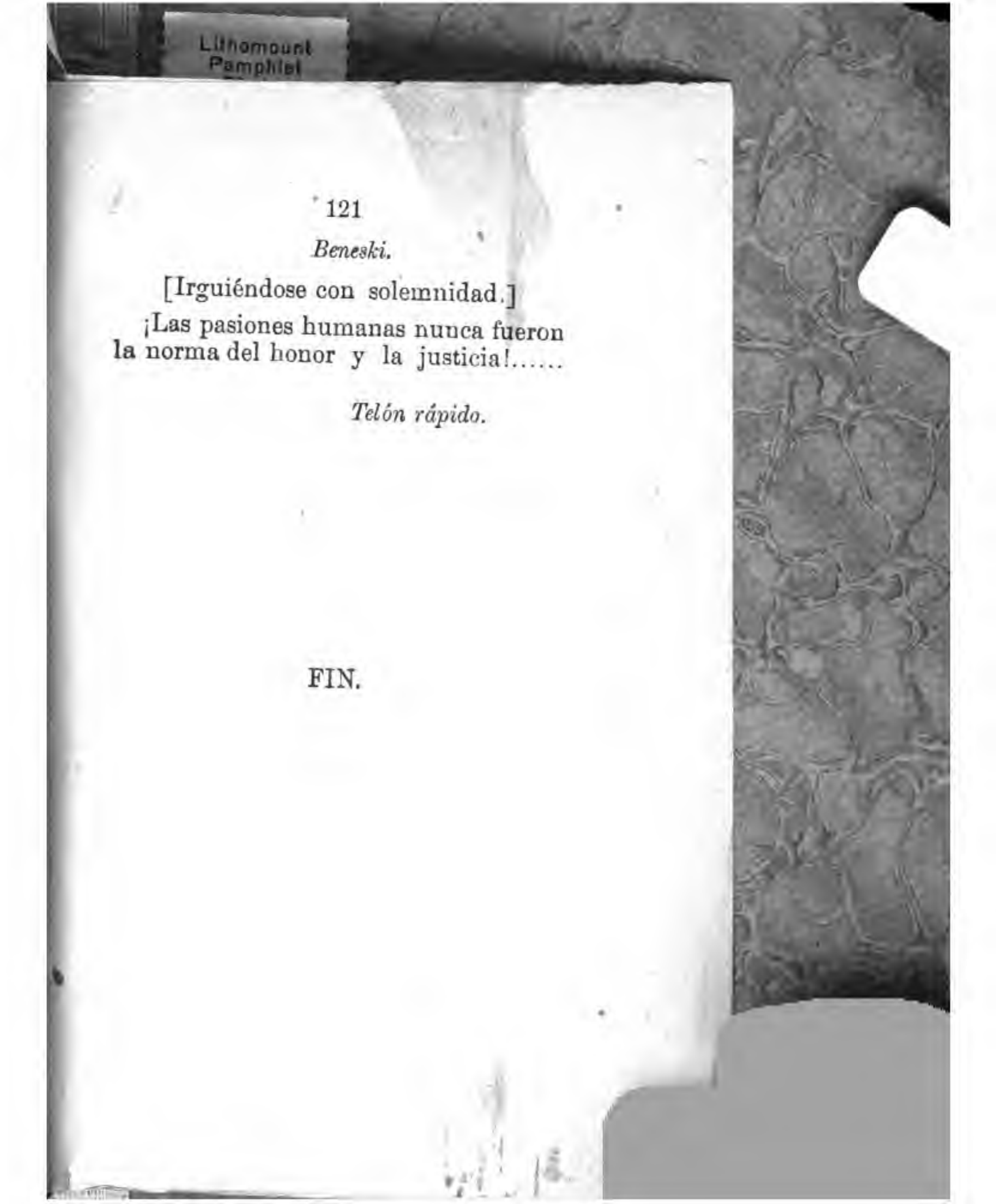
¡A la cumbre llegó de su martirio!

[Cae abatido sobre una silla oprimiéndose la frente.]

Núñez.

(Arrancándose las charreteras y arrojándolas lejos de sí.)

Yo no debo servir á los tiranos
que á la nación deshonran con un cri-
[men.



Beneski.

[Irguiéndose con solemnidad.]
¡Las pasiones humanas nunca fueron la norma del honor y la justicia!......

Telón rápido.

FIN.


G86E
G86E
M81
T


Lithomount
Pamphlet


G86
M


Lithomount
Pamphlet
Binder
Gaylord Bros.
Makers
Syracuse, N. Y.
PAT. JAN 21, 1908


UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025240814
0 5917 3025240814